

EL ÚLTIMO DRAGÓN DEL MEDITERRÁNEO

EL ÚLTIMO DRAGÓN DEL MEDITERRÁNEO

*El tiempo está cerca, y este Dragón anuncia
sangre y no quedará piedra sobre piedra.
Luego, el Dragón será encadenado.*

ERNESTO SÁBATO, *Abbadón el Exterminador*

Personajes

JOSÉ MERCÁN, personaje imaginario; unos cuarenta años.

JOVEN, personaje simbólico; unos veinte años.

MANUEL QUINTANAR

JACINTO VEGAS

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

«MATEO MORRAL»

JORGE MERCÁN

LUIS MERCÁN

NURIA DE MERCÁN

IRENE MERCÁN

ANITA MERCÁN

MARÍA, esposa de MERCÁN

GREGORIO VILLANUEVA, Secretario

MANUEL FIGUEROA, periodista

HEINRICH K.

ÁNGEL PARDIÑAS

El resto de los personajes puede ser doblado.

Esta obra es una metáfora sobre el mal, donde la violencia es el destino ineluctable de los personajes.

Las sombras se hacen símbolo y las figuras en claroscuro se alargan hasta perder su realidad y parecer pesadillas. Nos movemos en el terreno poético del misterio, donde nada tiene consistencia real. La luz, pues, debe conducir la acción y definirla.

ACTO PRIMERO

Días después del 14 de Abril de 1931.

Despacho de JOSÉ MERCÁN. El gran ventanal del fondo permite ver los techos de Madrid perfilados en el cielo de un anochecer temprano. Los presentes son JOSÉ MERCÁN, MANUEL QUINTANAR, JACINTO VEGAS, JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA y otros. En completa oscuridad, se adivinan los breves fulgores del encendido de cerillas y, enseguida, la brasa de los puros. Crece la luz, pero es mortecina para impedir que se vean con claridad los rostros. Contribuye a la iconografía conspirativa el humo de los gruesos cigarros, cuya densidad lechosa los envuelve y desrealiza.

Por el tono y movimientos, debe notarse que MERCÁN posee un tácito liderazgo sobre los presentes; por eso nunca eleva la voz.

MERCÁN.— Hay que acabar con la República.

VEGAS.— El asunto es cómo hacerlo.

JOSÉ ANTONIO.— Yo soy partidario de la acción directa.

VEGAS.— Todavía es pronto para eso.

QUINTANAR.— Si damos la cara, nos la romperán.

VEGAS.— También podríamos permanecer neutrales hasta saber cómo se orienta la República.

JOSÉ ANTONIO.— Cuando se conocen los objetivos, es indecoroso mantenerse neutral.

VEGAS.— Sí, ¿y qué?

JOSÉ ANTONIO.— Ser neutral es como ser impotente.

(JOSÉ ANTONIO *se ha puesto en pie. Su tono apasionado, no le hace perder la elegancia de sus gestos.*)

MERCÁN.— Siéntese, querido amigo. Estamos en el mismo lado, aunque las estrategias sean diferentes.

JOSÉ ANTONIO.— Yo prefiero la acción.

MERCÁN.— Lo sabemos. Ésa es una de nuestras opciones.

(MERCÁN *le hace un gesto para que se apacigüe. JOSÉ ANTONIO se sienta.*)

VEGAS.— ¿No sería menos arriesgado dominar todos los centros del Estado mediante un progresivo control, sutil pero constante.

QUINTANAR.— ¿Colocar a nuestros hombres en el gobierno y dominarlo desde dentro?

VEGAS.— Sí. Lo primero sería sustituir a los que están por hombres de nuestra confianza.

MERCÁN.— Ya está dentro Alcalá Zamora, que es católico y conservador.

QUINTANAR.— Pero se ha rodeado de socialistas moderados y de intelectuales reformistas.

VEGAS.— Eso es verdad. Anarquistas y comunistas han quedado excluidos.

JOSÉ ANTONIO.— (*Íntimamente regocijado.*) Por eso atacan a la República, acusándola de burguesa.

MERCÁN.— A veces pienso que no haría falta intervenir: las izquierdas acabarían devorándose entre sí.

(*Breves risas.*)

JOSÉ ANTONIO.— Pero sigue siendo una República.

MERCÁN.— Aguada, insípida y tibia... (*Todos asienten.*), lo peor que podría haber sucedido.

(*Hay un momento de confusión.*)

JOSÉ ANTONIO.— No le entiendo, Mercán.

VEGAS.— ¿Hubiera sido preferible una República fuerte, imposible de derribar?

MERCÁN.— Lo español, caballeros, lo español. Si olvidan qué cosa es lo español, estarán condenados a aventuras políticas, de incierto rumbo.

JOSÉ ANTONIO.— Explíquese.

MERCÁN.— En España, todo lo que destaca y triunfa es acosado por la envidia. Por el contrario, la envidia no se siente amenazada por la mediocridad. Caballeros, si hay que acabar con la República no es porque vaya mal, sino porque podría ir bien.

(Hay un silencio durante el cual se miran unos a otros asimilando la idea.)

JOSÉ ANTONIO.— Yo dudo que unas conspiraciones de sainete puedan derribar al Gobierno.

(QUINTANAR y MERCÁN intercambian miradas.)

MERCÁN.— Se necesitaría la contundencia del Ejército.

VEGAS.— El Ejército es republicano.

QUINTANAR.— Cierto. No hay que olvidar el levantamiento de Fermín Galán en Jaca.

JOSÉ ANTONIO.— Y Sanjurjo, que no se opuso al exilio del rey.

MERCÁN.— Se necesitaría la contundencia del Ejército, pero no se puede contar con él. Está escindido entre republicanos, carlistas, alfonsinos...

JOSÉ ANTONIO.— Pero algunos generales no están contentos.

QUINTANAR.— Fanjul y Goded, por supuesto, no.

JOSÉ ANTONIO.— Ni Franco, ni Orgaz. Han retrocedido en el escalafón al anularse los ascensos por méritos de guerra.

VEGAS.— ¿Es de fiar el «Africano»?

MERCÁN.— Franco no tomará decisiones arriesgadas sin estar seguro del resultado.

JOSÉ ANTONIO.— Es un indeciso.

MERCÁN.— No es lo mismo indecisión que prudencia.

JOSÉ ANTONIO.— Yo creo que es el momento de hablar con él. Tiene que haberle molestado que Azaña suprimiera la Academia Militar de Zaragoza. Eso le habrá puesto definitivamente en contra de la República.

MERCÁN.— Jamás actuará contra ella por motivos personales. Créanme, el Ejército aún no está maduro.

VEGAS.— Entonces ¿qué propone usted, Mercán?

MERCÁN.— ¿Quién se siente más amenazado por la República? *(Antes de que alguno de los presentes vaya a hablar, MERCÁN se le adelanta.)*

Aparte, obviamente, de los partidos conservadores, los monárquicos, la patronal y la banca.

(Ha ido mirando a cada uno de los presentes.)

VEGAS.— La Iglesia. El gobierno republicano quiere aprobar medidas anticlericales. Divorcio, libertad de cultos, prohibición de la enseñanza religiosa, incluso se habla de la disolución de la Compañía de Jesús...

MERCÁN.— Precisamente.

VEGAS.— Lo de crear un partido de la derecha católica lo está proponiendo el nuevo secretario de Estado del Vaticano.

JOSÉ ANTONIO.— Yo prefiero crear un partido controlado por nosotros, no por la Iglesia.

VEGAS.— Pero la Iglesia podría ser nuestro mejor aliado porque coincidimos en nuestra lucha contra el socialismo.

QUINTANAR.— Apoyando su estrategia, favoreceremos la nuestra.

MERCÁN.— Una vez más olvidan lo importante. La Iglesia es temida, pero no amada. Con su imponente apariencia no puede despertar simpatía. Es necesario convencerla de que su reino es de este mundo.

JOSÉ ANTONIO.— Lo sabe.

MERCÁN.— Pero a fuerza de disfrutarlo, lo ha olvidado.

QUINTANAR.— ¿Entonces?

VEGAS.— ¿Qué se puede hacer?

MERCÁN.— Convertirla en víctima.

VEGAS.— ¿Se refiere a...?

MERCÁN.— *(Tras una pausa)* Sí.

(Cabecean cómplices y apagan los cigarros. Después, lentamente, como en un ritual que connotara el paso del tiempo, se dan la mano y van saliendo de espaldas. QUINTANAR y MERCÁN se quedan solos en el dintel de la puerta. Debe notarse que se han retrasado a propósito.)

MERCÁN.— Tenías razón, Manolo. El chico es un idealista, tan apasionado como irreflexivo.

QUINTANAR.— Y descarado. «¡Conspiraciones de sainete!» ¡Qué petulancia!

MERCÁN.— (*Casi riendo.*) Es un provocador nato.

QUINTANAR.— ¿Te fijaste? Sus manos se le hacían puños.

MERCÁN.— Pero tiene personalidad.

QUINTANAR.— La violencia a cara descubierta es nuestro último recurso.

MERCÁN.— Lo sé, lo sé. De momento, vigilémoslo, sin frenarle. Le proveeremos de fondos.

QUINTANAR.— Ha insultado a Vegas con eso de la impotencia y la neutralidad. No sé si Vegas estará de acuerdo en apoyarle para que lidere la unidad de las derechas.

MERCÁN.— Yo me encargo de Vegas. Hazme caso: que Primo de Rivera desarrolle su proyecto. Llamará la atención y nosotros pasaremos desapercibidos. ¿No es eso lo que quieres?

QUINTANAR.— Lo que queremos.

MERCÁN.— Claro, Manolo, claro. Hoy estás muy susceptible. (*QUINTANAR finge una sonrisa como disculpa.*) Démosle todo lo que pida. Y si fallamos nosotros, siempre nos quedará él.

QUINTANAR.— Me parece bien.

(*Por el tono de QUINTANAR, MERCÁN se protege.*)

MERCÁN.— ¿El qué te parece bien?

QUINTANAR.— Lo de vigilarle.

(*Salen. En el proscenio, que simulará la calle, cada uno se ensombra en esquinas diferentes. El último en salir es MERCÁN. Un LADRÓN, vestido de forma astrosa, con remiendos y bordes deshilachados, le asalta con una navaja en la mano. Habla con la voz mostrenca, propia de la carencia de educación.*)

LADRÓN.— Dame todo lo que lleves.

(*MERCÁN, sereno, le da la cartera.*)

MERCÁN.— Con lo que me robas sólo vivirás un mes.

LADRÓN.— Dentro de un mes robaré a otro. ¡Dame el reloj también! (MERCÁN vacila. El LADRÓN mira a los extremos de la calle. Imperioso.) ¡El reloj! (Se lo da. El LADRÓN lo valora.) ¡Oro!

MERCÁN.— ¿De qué iba a ser si no?

(Al LADRÓN le sorprende la frialdad de MERCÁN y aborrasca su ceño.)

LADRÓN.— La sort... (Va a pedirle la sortija, pero antes de hacerlo, MERCÁN se la ofrece.) ¿Qué eres?

MERCÁN.— Ladrón, como tú, pero a gran escala.

LADRÓN.— Al menos lo reconoces. Pero no es lo mismo. Yo me juego la vida. ¡Los gemelos, quítatelos!

MERCÁN.— Trabaja para mí. Asumirás el mismo riesgo, pero cobrarás cien veces más.

LADRÓN.— (Escéptico.) ¿Cuál sería mi trabajo?

MERCÁN.— El mismo que haces ahora: robar a todos excepto a mí.

LADRÓN.— ¿Sólo robar?

MERCÁN.— ¿Harías algo más, si el precio lo valiera?

LADRÓN.— No tengo nada que perder.

MERCÁN.— Entonces ¿aceptas?

LADRÓN.— Quizás.

(El LADRÓN coge los gemelos que MERCÁN se ha quitado con premeditada lentitud.)

MERCÁN.— Te querré al alcance de mi voz, pero nunca de la vista.

LADRÓN.— Una sombra con orejas. Me gusta.

MERCÁN.— ¿Conoces a otros tan desesperados como tú?

LADRÓN.— España entera.

MERCÁN.— ¿Vas a la iglesia?

LADRÓN.— Sí. A robar el cepillo. (MERCÁN sonríe satisfecho y le da una tarjeta que el LADRÓN toma.) Mañana, a las nueve, pregunta por mí. Y tráeme el reloj.

(El LADRÓN lo abre y de él surge una musiquilla.)

LADRÓN.— *(Irónico.)* Era de su padre y es usted un sentimental.

MERCÁN.— El doble de lo que vale te lo daré mañana.

LADRÓN.— *(Aceptando, tras una pausa en la que se miran retadores.)* Mañana.

MERCÁN.— ¿Cómo te llamas?

LADRÓN.— Morral.

MERCÁN.— ¿Como Mateo?

LADRÓN.— ¿Quién?

MERCÁN.— Mateo Morral, el de la bomba en la boda del Rey.

LADRÓN.— El Rey todavía vive.

MERCÁN.— Sí, Morral falló y antes de que le cogieran se pegó un tiro.

LADRÓN.— ¡Eso es dignidad! El puro.

MERCÁN.— ¿El puro?

LADRÓN.— ¡El puro!

MERCÁN.— ¿No habíamos quedado en que no me robarías a mí?

(El LADRÓN, como si fuera un desafío, le quita el cigarro y aspira el humo con delectación.)

LADRÓN.— Eso será a partir de mañana. Hoy le robo y me fumo su puro.

(Y comienza a retroceder emboscándose en las sombras.)

MERCÁN.— Morral, ¿cuál es tu nombre?

(La voz del LADRÓN, como un susurro, emerge de la oscuridad envuelta en el humo del cigarro y la música del reloj.)

LADRÓN.— Mateo.

(Se ilumina el salón de la casa de JOSÉ MERCÁN. La chimenea está encendida y el fuego dibuja en los rostros su parpadeante rojez. Están presentes la esposa de MERCÁN y sus dos hijos varones, JORGE y LUIS, más la esposa de éste, NURIA. MERCÁN recorre el proscenio, entra en el salón.)

MERCÁN.— ¿No ha llegado Irene? (*Nadie responde. Su esposa se levanta y se va sin decir nada. MERCÁN mira su salida con enojo.*) Luis, tráeme un cigarro. (*Mientras el hijo lo hace, él se arrellana en el sofá.*) Siéntate Jorge. Quiero hablar contigo... (*rectifica al ver el gesto de NURIA*), con vosotros. (*LUIS le va a dar el cigarro, pero MERCÁN le indica con un gesto cansado que no lo quiere. LUIS, embarazado, no sabe qué hacer con el cigarro.*) Son malos tiempos, ya sabéis.

JORGE.— ¿Van mal los negocios, padre?

MERCÁN.— Todavía no.

JORGE.— ¿Todavía?

MERCÁN.— Quieren meterme en la cárcel. Podría irme a Francia o a Alemania, pero la fuga sería como reconocerme culpable y confiscarían mis bienes.

JORGE.— ¿Hay pruebas?

MERCÁN.— Las tengo a buen recaudo. La República presume de ser muy puntillosa con la justicia, así que proporcionaré a la indagatoria de la Comisión montañas de papel para que se entretenga.

LUIS.— La República también presume de tenacidad.

MERCÁN.— Afrontaré los riesgos. Aquí tengo amigos diputados, un ministro me debe dinero y, en fin..., otras cosas. Pero es mejor prevenirse. Hay que llevar a París todo el dinero que podamos.

(*NURIA le da un codazo en el costado a su marido.*)

LUIS.— ¿Quiere que vaya yo?

MERCÁN.— No. Irás tú, Jorge.

JORGE.— ¿Aquí no está seguro el dinero?

MERCÁN.— No sé, pero la fuga de capitales provocará carencia de liquidez y se suspenderán los créditos a la Industria.

LUIS.— ¡Entonces se colapsará!

JORGE.— (*Con resignado hastío.*) De eso se trata, Luis.

LUIS.— ¡Pero hundirá bancos...

MERCÁN.— Nosotros no tenemos, de momento.

LUIS.— Precipitará en el desastre a la Hacienda española, provocará pánico financiero.

JORGE.— Pero padre tendrá su dinero a buen recaudo para pagarte tus devaneos artísticos.

LUIS.— No seas miserable. No se trata de nosotros, sino de él. (*A su padre.*) Si saca dinero de España lo descubrirán. Hay una pareja de guardias de Asalto permanentemente a la puerta de casa.

JORGE.— Están para protegerle...

LUIS.— Sí, eso le ha dicho Gobernación. Pero ¿cuántos más habrá en la sombra, esperando un error? Vamos, padre, si hasta le han prohibido que su Rolls vaya más rápido que los coches de la policía que le siguen a todas partes. Y usted sabe que han dado orden a los agentes de que si lo hace, disparen a las ruedas... sin importar si yerran el blanco y le dan a usted.

JORGE.— Pero ¿tú a favor de quién estás?

MERCÁN.— No, Jorge, tú hermano tiene razón. Por eso, al mismo tiempo que tú sacas cincuenta millones, yo traeré cinco de los depositados en la banca norteamericana. Le daremos mucha publicidad a la patriótica entrada de divisas, y ése será el humo que oculte tu salida.

(*Le dirige a LUIS un gesto entre cínico y desafiante.*)

LUIS.— No se puede estar con Dios y con el diablo.

MERCÁN.— La República va a por mí y me defiende, como medio país.

LUIS.— Habla usted como si estuviéramos en guerra.

MERCÁN.— Yo no estoy en guerra; estoy en defensa propia. (*MERCÁN no desea continuar la conversación y aprovecha el nerviosismo de LUIS para zanzarla.*) ¡Y dame el puro, lo vas a estropear dándole tantas vueltas con tu mano sudorosa! (*LUIS, humillado, se lo da. La tarde ha caído y el salón sólo está iluminado por el fuego de la chimenea.*) Tanta cháchara me ha abierto el apetito. Id a ver si está ya la cena. (*Los hijos y la nuera hacen ademán de apartarse para que pase el padre primero.*) No, id vosotros delante. Nuria, ¿puedes quedarte un momento? Quiero hablar contigo.

LUIS.— ¿Me quedo yo también?

NURIA.— No, enseguida voy.

(*LUIS, sin mirar a nadie, agacha la cabeza y sale.*)

MERCÁN.— Nuria, no voy a decirte que el sitio de la mujer es el cuidado de la casa y de los hijos, porque aún no tienes ninguna de esas dos cosas, pero hasta que las tengas, podrías ser más discreta y no intrigar de manera tan evidente a favor de tu esposo.

NURIA.— No lo haría si usted tratara igual a sus dos hijos.

MERCÁN.— No son iguales.

NURIA.— Cierto: Luis es el mayor.

MERCÁN.— Es débil.

NURIA.— Es sensible...

MERCÁN.— (*Fatalista.*) Sí, lo sé: le gusta pintar, pero nunca acaba los cuadros. Se sabe poesías enteras de memoria, pero es incapaz de comprender que dos y dos no son cuatro, sino tres si pago yo, o cinco si soy el que cobro. Luis carece de decisión, Nuria. Balbucea y no es tartamudo. Nunca opina, nunca interviene...

NURIA.— ¡Porque vive y deja vivir!

MERCÁN.— Eso es veneno para mis negocios. Yo vivo porque otros mueren, y si no mueren, los mato.

NURIA.— ¿Los mata?

MERCÁN.— (*Ríe sin ganas.*) Socialmente. Los arruino o los desprestigio. Luis es incapaz de enfrentarse a los problemas.

NURIA.— Porque no le deja usted. Dele alguna responsabilidad y ya verá cómo lo resolvemos..., como los resuelve.

(MERCÁN *compone un remedo de sonrisa.*)

MERCÁN.— ¿Y no te has preguntado por qué tu marido carece de decisión?

NURIA.— ¿Qué quiere decir?

MERCÁN.— A Luis le falta todo lo que a ti te sobra.

(NURIA *mira fijamente a su suegro y se estremece, no sabe si por miedo o placer.*)

NURIA.— (*Irónica.*) ¿Y Jorge es como usted?

MERCÁN.— Sí.

NURIA.— ¿Despiadado?

MERCÁN.— Sí.

NURIA.— ¿Maquinador?

MERCÁN.— Sí.

NURIA.— ¿Vengativo?

MERCÁN.— Sí, sí, Jorge es todo eso..., y quizás más.

NURIA.— ¿Y pone en sus manos parte de su fortuna para que se la lleve a París? ¿No tiene usted miedo?

(NURIA se acerca más de lo debido a MERCÁN.)

MERCÁN.— No le tengo miedo a Jorge, pero a ti, sí. *(Ella aguanta la mirada y no retrocede. Entra la esposa de MERCÁN. NURIA se separa y sale. MERCÁN, sin inmutarse, mira a su mujer.)* Me miras, me miras, pero nunca me dices nada..., o quizás me dices demasiado. Avísame cuando esté la cena. Y dile a Anita que baje a verme.

(La mujer se va. MERCÁN va a encender el cigarro, pero antes lo huele y, con un mohín de desagrado, lo arroja sobre la mesa, luego coge otro y lo enciende, como siempre, con parsimonia y delectación. Va a la ventana que da a la calle y mira al exterior. Tras comprobar que la vigilancia continúa, enciende una lámpara y va sentarse en el sillón, pero hay un JOVEN ocupando su sitio. MERCÁN no parece sorprendido por su presencia. El JOVEN, vestido con ropas humildes y un poco antiguas, posee sin embargo una gran seguridad cuando habla. Cuando MERCÁN y él están juntos, puede apreciarse que, con treinta años de diferencia, son el mismo personaje.)

MERCÁN.— ¿Has visto a mi mujer? Siempre me insulta con su silencio. Estarás satisfecho.

JOVEN.— Todavía no.

MERCÁN.— Pues más no creo que lo vayas a estar.

JOVEN.— Tengo tiempo. Todo el tiempo.

MERCÁN.— O te das prisa o desistes, porque yo empiezo a acostumbrarme. Me he acostumbrado incluso a ti.

JOVEN.— Eso es fácil. Yo no reacciono a tus maldades con maldades mayores.
¡El Mal! Eso sí debes temerlo.

MERCÁN.— Yo soy el mal.

JOVEN.— Y lo engendras. Serás tu propio verdugo. Y entonces yo podré decirte...

MERCÁN.— *(Al mismo tiempo que el JOVEN.)* «¡Te lo advertí!»

JOVEN.— *(Al mismo tiempo que MERCÁN.)* «¡Te lo advertí!» *(Ríen ambos con tristeza.)* Pero no siempre fuiste así.

MERCÁN.— ¿Y qué más da? Por mucho que insistas, soy como soy ahora. Y me gusta.

JOVEN.— Ésa es la condición del mal absoluto.

MERCÁN.— Nadie elige ser víctima. Proteger la vida es matar antes de morir. Eso somos.

JOVEN.— Podríamos haber sido de otra manera. El destino no impone tanto.

MERCÁN.— Pero el mundo, sí. Es la lucha del yo contra el nosotros.

(Llega de la calle IRENE. Es la hija mayor de MERCÁN. Cuando ve a su padre se pone tensa, pero no acusa la presencia del otro hombre.)

IRENE.— Buenas noches, padre.

MERCÁN.— Llegas tarde, Irene.

IRENE.— Lo siento.

MERCÁN.— ¿Por qué?

IRENE.— ¿Me pregunta por qué lo siento o por qué llego tarde?

MERCÁN.— *(Reprimiéndose.)* Irene...

IRENE.— *(Cortante.)* Hubo reunión de maestras después de las clases.

MERCÁN.— Aquí cenamos siempre a la misma hora. Te lo advertí cuando me dijiste que querías trabajar.

IRENE.— Sí, también me dijo que si no me gustaban sus órdenes...

MERCÁN.— *(Rectificando.)* Reglas.

IRENE.— Que si no me gustaban sus reglas, que me fuera de casa. Padre, tengo veintidós años.

MERCÁN.— Sí y te gustaría que la República te dejara votar, lo sé. Pero mientras estés en esta casa...

IRENE.— ... mientras esté en esta casa, todos somos menores de edad; yo también lo sé.

MERCÁN.— Sólo pido obediencia y respeto.

IRENE.— Eso es contradictorio, como pedir obediencia y amor. El amor se da, no se exige; por eso es amor.

(Llega ANITA corriendo. La jovencita tiene quince años, pero su comportamiento es mucho más aniñado. También sus ropas —lazos y puntillas— son inapropiadas para su edad. Antes de que ANA se arroje en los brazos de su padre, IRENE le da un beso.)

ANA.— Hola, Irene.

IRENE.— Buenas noches, Anita. *(La detiene.)* ¿Te gusta vestir así?

MERCÁN.— ¡Anita!

ANA.— *(A IRENE.)* ¿Qué? No sé. Mamá me viste. ¡Papá!

(La JOVEN abraza a su padre.)

MERCÁN.— Mi cielo, cuéntame. ¿Qué has hecho hoy?

(ANA ríe bobonamente y no contesta.)

ANA.— ¿Qué hora es, papá?

(Busca el reloj en el chaleco de su padre.)

MERCÁN.— Mañana te lo diré.

ANA.— Quiero oír la música.

MERCÁN.— Me he dejado el reloj en el despacho.

ANA.— ¡Oh!

MERCÁN.— Mañana.

ANA.— Pues cántamela tú.

MERCÁN.— Anita, pero si yo no sé...

ANA.— Por favor, papito.

(MERCÁN mira a IRENE, que todavía estaba, en un extremo, contemplando la escena.)

MERCÁN.— (A IRENE.) Dile a tu madre que me avise cuando esté la cena.

(IRENE, que ha observado con tristeza a su hermana, endurece su mirada y se va.)

ANA.— Cántame la música del reloj, papito. (Él la abraza con ternura, la sienta en el regazo del JOVEN y se sitúa detrás del sillón. Ella se acurruca y habla al JOVEN como si fuera su padre.) ¡Vamos, cántame, papá! Y acúname.

(El JOVEN musita la canción, que adquiere el tono de una nana dulce y triste, mientras acuna a la niña.)

JOVEN.— (A MERCÁN.) Por mucho que la cuides y la mimes, no dejarás de sentirte culpable por haberla convertido en lo que es.

(MERCÁN los observa con una nube en sus ojos. Primero se oscurece la escena y después la luz que cae sobre ellos. Cuando las sombras los envuelven, aún podemos oír la música que se ha enramado por el espacio escénico, ahora apoyada por instrumentos de suave melancolía.)

(11 de Mayo de 1931.)

(Despacho de MERCÁN. Sobre el gran ventanal crece una vivísima luz roja. MERCÁN entra en el nuevo decorado y se acerca al ventanal; contempla la quema y el saqueo de una iglesia. Saca su reloj del bolsillo de su chaleco y comprueba la hora. El resplandor del fuego, oscilante y perverso ilumina la sala y lo siluetea. Los sonidos de la calle, las sirenas de los bomberos, los gritos, las risas obscenas y algún disparo llegan atenuados, pero audibles. Suenan golpes suaves en la puerta.)

MERCÁN.— Entre, Villanueva.

(Abre la puerta cuidadosamente el macilento SECRETARIO y se queda en el umbral. MERCÁN, con un gesto preciso, le manda cerrar la ventana, mientras él consulta unos papeles que están sobre su mesa, después de apagar su cigarro.)

VILLANUEVA.— ¡Qué horror!

MERCÁN.— *(Rectificándole con indiferencia.)* ¡Qué terror!

(El SECRETARIO le mira confuso y se inclina humilde.)

VILLANUEVA.— *(Con un cierto balbuceo.)* E-eso quise decir, señor Mercán.

MERCÁN.— No. Usted dijo horror y yo terror. No es lo mismo.

VILLANUEVA.— Por supuesto, claro, n-no lo es.

MERCÁN.— No, no lo es, pero usted no sabe la diferencia.

VILLANUEVA.— Co-como suenan tan parecidos...

MERCÁN.— Pues no lo son.

VILLANUEVA.— Por el so-sonido, decía yo.

(MERCÁN no le mira.)

MERCÁN.— El horror produce compasión. El Terror, miedo.

VILLANUEVA.— Ya. *(Mirando hacia la calle.)* ¿Y quemar una iglesia...?

MERCÁN.— Es terrorífico.

VILLANUEVA.— *(Sin entender.)* Comprendo. *(MERCÁN le mira fijamente.)* Creo que comprendo... *(Cada vez más atemorizado por la mirada de MERCÁN, baja la suya.)* Aunque no estoy seguro de haberlo comprendido.

(MERCÁN se sienta en su regio sillón, ante su gran mesa y reflexiona con una extraña sonrisa, sin dirigirse a su SECRETARIO.)

MERCÁN.— El horror simplemente asusta, pero el terror enseña a temer.

VILLANUEVA.— A temer ¿qué?

MERCÁN.— (*Un poco harto.*) Si esa iglesia se hubiera quemado por un accidente fortuito y hubieran muerto sacerdotes y feligreses, el hecho nos produciría un horror momentáneo. (*Alguna esquirla golpea la ventana.*) Pero saber que su saqueo y posterior incendio han sido provocados, nos hace temer que pueda haber otros desmanes y que de ahí se pase a una anarquía. Hoy una iglesia, mañana una fábrica. Eso sí es terrorífico.

VILLANUEVA.— Comprendo, bueno quiero decir...

MERCÁN.— (*Interrumpiéndole.*) ¿Qué despachos hay para hoy?

(*MERCÁN desarrolla una actividad continua: lee papeles que le da su secretario, a veces se los devuelve, otras los arruga y los arroja a una papelera, recibe llamadas telefónicas y las hace, dicta cartas, apaga el puro, enciende otro... Sólo cuando se indique se oirá su voz.*)

MERCÁN.— (*Dicta una carta.*) 11 de mayo de 1931. Distinguidos señores, dos puntos, estoy de acuerdo con su oferta...

(*En otro lugar de la escena, MATEO, el LADRÓN contratado por MERCÁN, es iluminado por el fulgor del incendio. Lleva en su mano una antorcha humeante y cumple con su trabajo. Detrás de él pasa gente corriendo y gritando.*)

MATEO.— ¡Los conventos poseen las riquezas que a nosotros nos hacen falta para comer!

(*El SECRETARIO habla por teléfono.*)

VILLANUEVA.— (*En alemán.*) Sí, don José Mercán desea hablar con usted. (A MERCÁN.) El señor Kruger.

(*Le pasa el teléfono.*)

MERCÁN.— Querido amigo, me alegra oírle... Sí, el plan ha comenzado... Será una estrategia lenta, pero eficaz, no lo dude.

MATEO.— ¡Muera el clero! ¡Quememos vivos a esos cuervos que nos chupan la sangre! ¡Vivan los trabajadores!

(MERCÁN ha terminado de hablar por teléfono y subraya unos papeles, mientras el Secretario le pide otro teléfono a la centralita. En el exterior, IRENE se acerca a MATEO y se miran con un extraño brillo en sus ojos. Ella tiene una mirada irreverente que a veces se desnudará para mostrar su indefensión.)

MERCÁN.— *(Habla por teléfono.)* ... no me has entendido: quiero la exclusividad en los amarres, no importa el dinero... ¿Públicos? Sí, ¿y qué?... Pues me los cambias por terrenos para hospitales y así nadie te lo reprochará. ¿No eres el Alcalde? *(Ominoso.)* ¿Y no quieres seguir siéndolo?

MATEO.— ¡Ni Dios ni amo!

IRENE.— ¡Cada convento es un conspiración contra la democracia. Hay que liberar la enseñanza y la cultura de la opresión sofocante del catolicismo! ¡Mueran los corruptores de la verdad!

(MATEO mira a IRENE, extrañado por su discurso casi ininteligible para él. IRENE arroja una piedra contra una ventana, supuestamente situada en el patio de butacas. Se rompe el cristal del despacho de MERCÁN.)

VILLANUEVA.— *(Agachándose.)* ¡Dios mío!

MERCÁN.— *(Sin inmutarse.)* ¿Tiene miedo?

VILLANUEVA.— ¡Sí!

(MERCÁN enciende un puro e, íntimamente satisfecho por el ejemplo que le proporciona la vida para afirmar su teoría, fuma con delectación morosa, pretendiendo eternizar la sensualidad del vicio.)

MERCÁN.— ¡El terror!

(Se oyen disparos, gritos, silbatos de la policía y galope de caballos. Los incendiarios huyen.)

IRENE.— (A MATEO.) ¡Por aquí, sígueme!

(MATEO rectifica su salida y corre tras la JOVEN.)

MERCÁN.— *(Nuevamente al teléfono.)* ¿Lerroux? (...) Sí, soy yo *(Con disgusto.)*, el dragón acuático. No, escucha tú: me habéis despojado del monopolio de tabacos en las plazas africanas, pero si también vais a procesarme, no voy a permanecer callado. Ya sabes a lo que me refiero. (...) Sí, es una amenaza. Ya sé que mientras tú estés en el gobierno, estoy a salvo, pero España es un país de cesantes. Mañana recibirás copia de los documentos. Tú eliges.

(Cuelga con resolución. Taller clandestino en un sótano. Paquetes de octavillas y carteles. Entra IRENE seguida de MATEO.)

IRENE.— Esperaremos aquí hasta que los guardias desistan.

(MATEO ojea los folletos y los lee en voz alta.)

MATEO.— «¡Viva el comunismo libertario!» «¡Abajo la opresión sofocante de los corruptores de la verdad!»

IRENE.— Pon más energía, como antes, cuando inflamabas el aire.

MATEO.— Hablas raro.

IRENE.— Hablo bien.

MATEO.— ¿Ah, sí? ¿Qué quiere decir «opresión sofocante»?

IRENE.— Que los curas nos joden la vida.

MATEO.— ¿Y por qué no lo has dicho así?

IRENE.— Las palabras también educan.

MATEO.— Pues hazte maestra.

IRENE.— Ya lo soy. Pero no te alarmes, también sé freír huevos.

MATEO.— Yo sólo...

IRENE.— ¿Vas a decirme ahora que busque marido para que me haga hijos? ¿Quieres que sea previsora como la hormiga, laboriosa como la abeja?

MATEO.— ¡Cómo se nota que eres señorita de cuchara!

IRENE.— Tú debes de ser de los que piden doma para que la mujer obedezca con pasividad.

MATEO.— ¡Y tú debes de ser una de esas que quieren votar igual que los hombres!

IRENE.— Las mujeres votarán lo que les diga la Iglesia. Por eso me gusta quemar iglesias..., aunque quemar el Banco de España estaría mejor.

(MATEO *ríe.*)

MATEO.— Tienes lo que hay que tener.

IRENE.— Una enciclopedia y una pistola.

MATEO.— Me refería a...

IRENE.— Sé a lo que te referías, y en «eso» no nos diferenciamos mucho, aunque tú seas un hombre y yo una débil mujer.

MATEO.— No eres débil.

IRENE.— Ni tú obrero. Esas manos te delatan.

MATEO.— Paga un buen sueldo a un obrero y adquirirá los vicios de los señoritos.

IRENE.— ¿Y si piensas así, por qué haces lucha obrera?

MATEO.— ¿Y si tú eres parte del capital que se alía con la Iglesia, por qué quemas conventos?

IRENE.— No soy...

MATEO.— Eres una burguesita aburrida que busca el peligro para divertirse.

IRENE.— ¡Eres odioso!

(*Intenta darle un bofetón. MATEO le detiene el brazo y la atrae contra su pecho, inmovilizándola.*)

MATEO.— Te humedeces cada vez que me oyes gritar consignas revolucionarias.

IRENE.— ¡No seas tan grosero!

MATEO.— Ni tú tan cursi y tan hipócrita. Te gusta más el roce de un panfleto que un buen sobe de mi mano.

(Coge un panfleto y se lo pasa por la entrepierna.)

IRENE.— *(Sin convicción.)* ¡Mentira!

MATEO.— Te he hecho mía en el convento.

IRENE.— *(Abrazándose a él.)* Sí, ¿y qué?

MATEO.— Entre las momias de las monjas, con el fuego rodeándonos y la policía a punto de llegar, me dijiste...

IRENE.— *(Desafiante.)* ¡Tómame! Eso te dije, ¿y qué?

(Se le ofrece. El ríe.)

MATEO.— Te excitas sólo con recordarlo. Putita burguesa.

IRENE.— ¡No soy... burguesa! Y tampoco putita. Soy puta, la gran puta de la puta revolución. Tómame ya, incendiario de mierda y no hables tanto.

(Ella le besa ferozmente en la boca.)

MATEO.— *(Divertido)* ¡Estás loca! ¿Ahora?

IRENE.— Mañana podríamos estar muertos. Ahora, ahora y aquí, en el suelo.

(Tira los panfletos de la mesa y luego se recuesta excitada y excitante en el suelo sobre ellos, y arrastrad a MATEO en su delirio sexual.)

Revuélcame sobre los panfletos, quiero que se me impriman en la piel sus llamadas a la revolución, quiero ser un panfleto vivo, imprímeme, seré un grito desesperado, una llama inextinguible, un...

(MATEO, por un momento, la inmoviliza. Ella calla, sorprendida.)

MATEO.— ¿De dónde sacas tanta energía?

(IRENE jadea y finalmente dice entre dientes, perdida por un instante la mirada:)

IRENE.— ¡De mi odio!

(MATEO ríe y la posee bestialmente al grito de consignas, comprobando que con cada grito ella se excita aún más.)

MATEO.— ¡Muera el capital!

IRENE.— ¡Sí, sí!

MATEO.— ¡Revolución! ¡Muerte a los fascistas!

IRENE.— ¡Más, más! Me gusta como gritas consignas. Pareces San Jorge matando dragones.

MATEO.— ¡Muera la monarquía! ¡Viva el proletariado!

IRENE.— ¡Los dragones son nuestra desgracia y hay que matarlos! Con su fuego arrasan la vida. ¡Muerte a los dragones!

MATEO.— ¡Mueran los dragones y viva la solidaridad obrera!

(IRENE, enloquecida, arroja panfletos al aire.)

IRENE.— ¡Así, así! ¡A las armas!

MATEO.— ¡Viva la república de los trabajadores!

IRENE.— ¡Al paredón!

MATEO.— ¡Mueran las testas coronadas!

(MATEO recurre a los panfletos cuando no se le ocurren nuevas consignas. Su excitación sexual y, al mismo tiempo, el intento de lectura resultan cómicos.)

MATEO.— «Ni un niño sin escuela, ni una escuela sin maestro.»

IRENE.— ¡Abajo el muermo eclesiástico!

MATEO.— «Manifestación a las siete de la tarde en la Plaza Mayor.»

IRENE.— ¡Muérdeme, «parvenu», muérdeme!

MATEO.— ¡Las putas burguesas al paredón!

IRENE.— ¡Al paredón, no; contra el suelo! ¡Más fuerte, incendiario! ¡Más fuerte! ¡Mueran los dragones!

(Toda la imprenta parece embrujada por la febrilidad de los amantes que ruedan entrelazados. Caen por to-

das partes panfletos movidos en remolino por un viento inexplicable, mientras una música triunfal acaba dominando las risas, los jadeos y las llamadas a la revolución de los amantes. La oscuridad arropa a los amantes y la luz se balancea hasta el despacho de MERCÁN.)

(Mayo de 1932.)

MERCÁN.— *(Al SECRETARIO.)* ¿Quién espera?

VILLANUEVA.— El periodista.

MERCÁN.— Datos.

(Mientras los oye, enciende un puro.)

VILLANUEVA.— Manuel Figueroa. Tiene un hijo y hay otro en camino. Debe dinero, poco, pero para él una fortuna que no puede devolver con su sueldo de meritorio. Se lo comerán los intereses en menos de un año.

MERCÁN.— Que pase. *(Entra el periodista. MERCÁN le da la mano y luego le señala una silla.)* Pregunte, señor Figueroa.

(El PERIODISTA, resolutivo, abre una carpeta y consulta papeles.)

FIGUEROA.— Primero. A usted le apodan «el Dragón del Mediterráneo». ¿Por qué?

(MERCÁN saca de su puro una espesa nube de humo.)

MERCÁN.— ¿Segundo?

FIGUEROA.— ¿Eh? ¡Ah, comprendo: dragón por la brasa de sus cigarros. *(Ante el silencio vuelve a mirar la lista de preguntas.)* Veamos, segundo.

Aquí. Sus orígenes no son suficientemente conocidos por nuestros lectores...

MERCÁN.— ... y quieren ustedes airearlos.

FIGUEROA.— Pues sí...

MERCÁN.— Lo del contrabando, la compra de ayuntamientos, el tráfico de armas, la instigación al crimen, mis corrupciones de cuando era diputado...

FIGUEROA.— ¿Reconoce todo eso?

MERCÁN.— ¡Claro! Empecé sobornando a toda la Dirección General de Carabineros para que hicieran la vista gorda con el contrabando de tabaco. Cuando los políticos quisieron echarme el guante, toda la costa mediterránea trabajaba para mí. Detenerme hubiera sido dejar en medio del hambre a miles de personas que no les hubieran votado. Sin contar que cada vez que un político se fumaba un cigarro se convertía en mi cómplice.

FIGUEROA.— ¿Puedo escribirlo tal y como lo ha dicho?

MERCÁN.— Su diario sabe que nunca hago declaraciones a los periodistas. ¿Lo sabía usted?

FIGUEROA.— (*Confuso.*) No.

MERCÁN.— ¿Cuánto tiempo lleva en el diario?

FIGUEROA.— Tres semanas.

MERCÁN.— ¿Y es lógico que le hayan encargado a un meritorio una investigación que ni los jueces han podido realizar? No sea ingenuo. A usted no le han enviado para averiguarlo, sino para que me sienta acosado, ya que no pueden probar nada.

FIGUEROA.— Pero lo de la instigación al crimen...

MERCÁN.— Sobreseído.

FIGUEROA.— ¿La compra de Ayuntamientos?

MERCÁN.— Indemostrable.

FIGUEROA.— ¿Y lo de...?

MERCÁN.— (*Cortando, con serenidad.*) Murmuraciones, envidias, complots.

FIGUEROA.— Pero...

MERCÁN.— ¿Por qué no me pregunta por mis donaciones benéficas?

FIGUEROA.— ¿Eh? Ah, sí. (*Busca en sus carpetas. Se le caen papeles.* MERCÁN *aprovecha para hacer un gesto a su SECRETARIO, el cual prepara unos documentos.*) Según mis notas, usted edificó una Casa de Maternidad.

MERCÁN.— Bien anotado.

FIGUEROA.— Aunque se dice que fue para que parieran sus múltiples amantes.

MERCÁN.— Por primera vez esa maledicencia me halaga.

FIGUEROA.— Pero la cerró al caer la Monarquía, para perjudicar a la República.

MERCÁN.— Lo cerré porque la República cree que la Sanidad es una cuestión de Estado. ¿Algún otro bulo?

FIGUEROA.— Yo sólo busco la verdad.

MERCÁN.— Si la hallara, ningún periódico la publicaría.

FIGUEROA.— El mío sí: es independiente.

(Como si estuviera ensayado, el SECRETARIO le pasa unos documentos.)

MERCÁN.— Su periódico recibe dinero del Gobierno.

FIGUEROA.— ¡No es verdad! Es independiente.

MERCÁN.— ¿Independiente? Atrévase a publicar, entonces, mis opiniones sobre la República.

FIGUEROA.— *(Tras una vacilación.)* Veámoslas.

MERCÁN.— Empecemos por la legalidad republicana. No ha habido referéndum, ni elecciones que determinaran la voluntad popular respecto a si deseaba o no República.

FIGUEROA.— Hubo elecciones.

MERCÁN.— Sólo de municipios. Cuando se trata del cambio político de toda una nación, lo legal es hacer unas elecciones generales o un referéndum. Aquí se impuso la República de manera ilegal. Alfonso XIII nunca abdicó. Abandonó España, pero sigue siendo nuestro rey. Explique usted eso en su periódico.

FIGUEROA.— Siga.

(Nuevamente se intercambia papeles con su SECRETARIO.)

MERCÁN.— Estamos en 1932 y en el año transcurrido desde que se proclamó la República, Cataluña, el País Vasco y Navarra han intentado independizarse. Huelgas casi diarias. Cierre de fábricas. Nadie construye. El comercio no vende. Esta República sectaria no gobierna para todos los españoles, sino sólo para la media España en contra de la otra mitad. Vea si no: Ley de divorcio, voto femenino, secularización de los cementerios, disolución de la Compañía de Jesús y confiscación de sus

bienes... La «niña bonita», como llamaban ustedes a la República, es ya una anciana maltrecha y desaliñada.

FIGUEROA.— (*Cerrando su carpeta.*) Creo que será un artículo...

MERCÁN.— No nato.

FIGUEROA.— ¿Cómo?

MERCÁN.— No sea usted bobo. Su periódico jamás publicará mis críticas a la República.

FIGUEROA.— El director me ha pedido que le entreviste.

MERCÁN.— Le habrá pedido que me denigre.

FIGUEROA.— Bueno, eso también.

MERCÁN.— Pero usted no lo hará, porque es honrado.

FIGUEROA.— Cierto.

MERCÁN.— (*Contundente.*) No se lo publicarán.

FIGUEROA.— Si fuera así, dimitiría.

MERCÁN.— No lo haga. Yo le contrato para mi periódico, siempre que no deje usted el suyo. Tendrá tres sueldos, porque yo le pagaré el doble.

FIGUEROA.— ¡No puedo escribir para dos periódicos de ideologías diferentes!

MERCÁN.— No quiero que escriba en mi periódico; sólo que me avise de lo que se va a escribir en el suyo.

FIGUEROA.— Pero eso..., eso es...

MERCÁN.— Eso es... tres sueldos y algunos extras. Piénselo. Un diario que no le publica sus artículos no merece su respeto.

(*El PERIODISTA se levanta indignado.*)

FIGUEROA.— ¡Lo publicarán! ¡Buenos días!

(*Inicia la salida.*)

MERCÁN.— ¡Señor Figueroa!

FIGUEROA.— ¿Sí?

MERCÁN.— ¿Comprende ahora por qué me llaman el Dragón del Mediterráneo? No es por la brasa de mis cigarros. Buenos días.

(*El PERIODISTA sale tan erguido como puede, sin ocultar su confusión.*)

MERCÁN.— Estoy harto de defenderme. Creo que ha llegado el momento de comprar un periódico de izquierdas y poner en la dirección a un republicano con dificultades económicas.

VILLANUEVA.— El señor Figueroa volverá más humilde cuando nazca su segundo hijo.

MERCÁN.— Para eso faltan algunos meses. Llame al señor Martínez Ruiz.

VILLANUEVA.— ¿Azorín?

MERCÁN.— Sí, Azorín. Quiero comer con él. Necesito que alguien escriba varios artículos sobre mí. Hace tiempo que nadie me elogia.

(Oscuro. En el taller de pintura de LUIS, éste y NURIA están en la cama haciendo el amor. Ella no está desvestida del todo porque el acto amoroso no le provoca excitación sensual. Una sábana cubre a medias sus cuerpos. LUIS, encima de su mujer, se mueve torpemente. Ella, ajena al sexo, habla a su marido y, de vez en cuando, como en un acto reflejo, le jalea los esfuerzos.)

NURIA.— Así, así, muy bien. Tenemos que hacer algo, Luis. Tu padre quiere marginarte en favor de Jorge. Debe de creer que los lobos se respetan entre sí. ¿Por qué tenemos que venir a tu taller para acostarnos? Es sórdido, hace frío, está sucio y huele..., huele tan fuerte a pintura... Tu padre es un hombre horrible. No crea riqueza. La mueve de un lado a otro: especula con terrenos, presta dinero, obtiene licencias que revende, hace contrabando, y para eso, compra voluntades, cargos y documentos comprometedores. Dicen que tiene a más de cincuenta pistoleros a sueldo. Y a dos ministros en nómina. Y ahora, aliado a los monárquicos, intriga contra la República. A saber lo que le cuesta eso. Invertido en terrenos, seríamos los amos. *(Se dan la vuelta y ella se coloca sentada sobre él.)* Edificar, ése es el futuro. Venimos a este sitio tan deprimente porque dices que en casa de tu padre no tendríamos tanta intimidad, pero yo sé que no es por eso. Es porque allí notas su presencia y eres incapaz de excitarte. Pero tu padre no es tan listo como pretende; si no, ni le hubieran quitado la exclusiva del tabaco, ni estaría a punto de ir a prisión. ¿Le oíste? Tu padre se arriesga mucho y, si le salen mal las cosas, podemos quedarnos en la calle sin un céntimo,

porque yo soy una señora y no voy a ponerme a trabajar, y como tú eres artista, pues muertos de hambre, Luis.

LUIS.— ¿Qué?

NURIA.— Nada, cariño, sigue, lo haces muy bien. Me gusta. Lo que no soporto es que tu padre esté siempre alardeando de que, pese a sus orígenes humildes, se ha convertido en el hombre más poderoso de España. ¡Ni que fuéramos tontos y no supiéramos lo que es dar el braguetón por interés! ¡Se casó con tu madre por el dinero! Pero tu abuelo se arruinó. ¡Menuda jugada! (NURIA *ríe sin poderlo evitar* y LUIS *la mira confuso*.) Me río de placer. Sigue, lo haces muy bien. Pero a tu padre le quedó la influencia de la buena cuna de tu madre, y bien que la aprovechó. ¡Las relaciones sociales! Como él venía de provincias...

(LUIS *la vuelve de espaldas*.)

LUIS.— (*Jadeante*.) ¿Te molesta así?

NURIA.— No, no, cariño. Sigue, lo haces muy bien. (*Aunque NURIA está boca abajo y soporta la incomodidad del peso y los empujones, no deja de hablar*.) Y sus amantes. ¡A su edad!... Aunque no es tan viejo. (*Se abandona por un momento*.) Por eso tu madre no le habla; bueno, por eso y porque borracho perdido la golpeó cuando estaba encinta de Anita. Borracho y putero. Dejó de beber, eso sí, cuando nació tu hermana medio tonta, pero para compensar aumentó el número de sus amantes. Si lo sé yo, lo sabe media España. Y la verdad es que tu padre no hace nada por ocultarlo. Parece que se da tono teniendo queridas y poniéndoles piso. Pero también se habla de menores. ¡Imagínate! ¡Qué familia, Luis, qué familia! Anita, con quince años y parece que tenga menos de diez. La hipócrita de tu hermana Irene, con esos aires de sabelotodo que se da, ¡y sólo es maestra! Y Jorge, ni te cuento: ha salido a tu padre, pero en más golfo. ¿Habrás pensado Jorge en que si tu padre se arruinase, él también se quedaría en la calle? Porque si lo ha pensado, y ése lo piensa todo, no creo que se quede cruzado de brazos hasta que se le caiga el mundo encima.

(LUIS *se tumba al lado de su mujer, interrumpiendo sus esfuerzos*.)

LUIS.— No puedo, lo siento.

NURIA.— Jorge será un golfo, pero tonto no es.

LUIS.— ¿Qué?

(NURIA mira a LUIS y tarda en comprender que LUIS ha desistido.)

NURIA.— Nada, cariño, no te preocupes, lo he pasado muy bien.

(Oscuro. HEINRICH K., con dos fornidos hombres como escolta, se reúne con MERCÁN en una calle solitaria y oscura. Al alemán le acompaña también un intérprete que, a veces, le traduce frases o palabras que no entiende.)

MERCÁN.— (En alemán.) Buenas noches, señor Kruger.

HEINRICH K.— (En español.) Buenas noches, señor Mercán.

MERCÁN.— ¿Ha tenido usted un buen viaje?

(HEINRICH K. mira a su alrededor.)

HEINRICH K.— ¿No tiene usted escolta?

MERCÁN.— La tengo. (Los guardaespaldas alemanes se ponen tensos y llevan sus manos al costado en un gesto preventivo.) Pero es discreta, como yo. (HEINRICH le mira incrédulo. MERCÁN cabecea aceptando el reto y después pronuncia el nombre de MORRAL, sin levantar la voz.) Mateo.

(Al instante la sombra del LADRÓN se hace presente.)

HEINRICH K.— ¿Un sólo hombre?

MERCÁN.— Yo tengo uno. Él tiene más. (MATEO silba y surgen otras sombras acechantes. HEINRICH K. hace un gesto a sus hombres para tranquilizarlos. Un sonido de moscardas incómodo, persistente y malévol, fluye de la oscuridad fatídica.) Nuestro plan está en marcha.

HEINRICH K.— Nos preocupa la improvisación.

MERCÁN.— Hay que dejar un margen para ella.

HEINRICH K.— No lo entiendo.

MERCÁN.— Porque ustedes son racionalistas y en España siempre ha sido una herejía tener sentido común. Eso ha formado nuestro carácter.

HEINRICH K.— ¿Por qué los españoles siempre hablan mal de su país?

MERCÁN.— (*Ríe.*) Lo que gusta no se mejora. (*El ALEMÁN no entiende.*) Somos muy sentimentales: aquí lloramos por la belleza de una flor, pero eso no impide que matemos al jardinero. Por eso siempre vemos a España como un problema personal: a unos les duele y a otros no les gusta.

HEINRICH K.— ¿Y a usted?

MERCÁN.— A mí no tiene por qué gustarme la vaca que quiero ordeñar.

HEINRICH K.— Eso nos da confianza. ¿Para cuándo nuestro plan?

MERCÁN.— Aún es pronto para dar fechas precisas.

HEINRICH K.— El golpe del General Sanjurjo fracasó.

MERCÁN.— No tenía apoyo suficiente.

HEINRICH K.— Según nuestros informes, el ministro de la Guerra conocía los detalles del golpe y no hizo nada porque estaba seguro de que iba a fracasar.

MERCÁN.— Sanjurjo no es todo el Ejército. Franco, por ejemplo, no se le unió.

HEINRICH K.— ¿No es de fiar «der Afrikaner»?

TRADUCTOR.— El Africano.

MERCÁN.— Franco es de fiar, porque no se fía de espejismos. Para que confíe hay que darle realidades. Yo se las daré.

HEINRICH K.— ¿No es usted demasiado optimista?

MERCÁN.— Créame: estamos al comienzo del fin.

(El ALEMÁN y sus guardaespaldas se van tras un leve saludo. MERCÁN enciende un cigarro y cuando echa el humo le envuelve la oscuridad. El zumbido es ya insostenible. Telón.)

ACTO SEGUNDO

Septiembre de 1933.

MERCÁN *está leyendo en la cárcel, pero nada debe indicar que están hablando en una celda: alfombras, búcaros con flores, sofás, sillas tapizadas y un tocadiscos que ambienta con música clásica. El SECRETARIO le enseña un diario.*

VILLANUEVA.— ¿Ha leído usted la encuesta de *La Stampa* sobre las personas más poderosas de España? (MERCÁN *asiente.*) ¿Y qué opina?

MERCÁN.— ¿Qué opino de qué?

VILLANUEVA.— Pues, no sé, de que en la lista haya tantos famosos, artistas y toreros. Azaña, lo entiendo, porque es el Presidente del Gobierno de la República, pero ¿qué poder pueden tener Unamuno u Ortega, realmente?

MERCÁN.— ¿Ortega? Gana 15.000 pesetas por corrida de toros. No es poco poder.

VILLANUEVA.— Yo me refería a don José Ortega y Gasset.

MERCÁN.— ¡Ah! No, ése no gana tanto. Pero me parece bien que ambos aparezcan en esas listas.

VILLANUEVA.— Pero...

MERCÁN.— (*Abandonando su ironía.*) No sea usted tan ingenuo, Villanueva, o tendré que despedirle. No me gusta tener un secretario que no sabe leer por debajo de las noticias.

VILLANUEVA.— Perdón...

MERCÁN.— El poderoso lo es porque puede influir para controlar. Y una influencia demasiado obvia no es eficaz. ¿He aparecido yo en esa encuesta?

VILLANUEVA.— No, por eso lo decía...

MERCÁN.— ¿Y cree usted que de haberlo deseado, mi nombre no estaría entre los primeros?

VILLANUEVA.— Pues eso pensaba yo...

MERCÁN.— Pensaba, pero poco y mal. La influencia es la capacidad de controlar la acción de otras personas, cambiando sus preferencias, pero para influir en ellas es necesario actuar silenciosamente. Si Azaña está en primer lugar de una lista de poderosos, ¿qué pensará el pueblo sobre él?

VILLANUEVA.— ¿Le temerán?

MERCÁN.— Exactamente. Al poderoso siempre se le teme, se desconfía de él, se previene uno contra él. Por eso su influencia ya no puede ser cauta, está al descubierto.

VILLANUEVA.— ¿Y los artistas y los toreros?

MERCÁN.— Mientras se crea que ellos son los poderosos, los que realmente lo son..., y sabemos que lo somos, podremos realizar nuestro trabajo sin haber despertado más recelos que los necesarios.

VILLANUEVA.— *(Como una broma.)* Da la impresión de que esa lista la han confeccionado... personas como usted.

MERCÁN.— Así me gusta, que sepa leer por debajo de las noticias. Y dígame, ¿qué opina de que la República Española haya reconocido a la soviética?

VILLANUEVA.— Pues... opino como usted debe seguramente de opinar.

MERCÁN.— Ésa es una respuesta clarividente. Auméntese el sueldo.

VILLANUEVA.— ¿Cuánto?

MERCÁN.— Lo que crea justo.

VILLANUEVA.— Entonces el doble.

MERCÁN.— ¿Tan poco le pago?

VILLANUEVA.— La mitad.

(Ríe MERCÁN. Un FUNCIONARIO hace pasar a MATEO, que viste ropa limpia y nueva y se toca con sombrero. Con la llegada del FUNCIONARIO, el lugar evidencia su condición carcelaria.)

MERCÁN.— *(Al SECRETARIO.)* Apague la música. *(Al FUNCIONARIO.)* Gracias. Le llamaré enseguida. *(El FUNCIONARIO saluda servilmente y se va. A MATEO.)* Pasa, pasa y siéntate. *(Al SECRETARIO.)* Llévelo esta carta a don Alejandro Lerroux. En mano. *(El SECRETARIO se va.)* *(A MATEO.)* ¿Qué tal tu viaje a Extremadura?

MATEO.— Los campos ya están quemados. Problema resuelto.

MERCÁN.— ¿Tus hombres están contentos?

MATEO.— Les paga usted bien.

MERCÁN.— Quiero que vigiles a mi hija Irene.

MATEO.— ¿A su hija?

MERCÁN.— ¿Qué pasa?

MATEO.— No, nada. Me sorprende.

MERCÁN.— ¿Te sorprende que la haga vigilar?

MATEO.— No. Pero creí que..., que yo le servía para otras cosas.

MERCÁN.— Me sirves para lo que yo te mande.

MATEO.— ¿Cree que Irene..., que su hija le oculta algo?

MERCÁN.— ¿Desde cuándo preguntas tanto?

(MATEO baja la cabeza y, al salir, cruza su mirada con la del FUNCIONARIO que entra para cerrar la celda.)

PARDIÑAS.— *(A MERCÁN, refiriéndose a MATEO.)* Yo conozco a ése. Estuvo aquí.

MERCÁN.— Yo también estoy.

PARDIÑAS.— ¡Por Dios, no es lo mismo!

MERCÁN.— No estoy seguro. *(Antes de que el CARCELERO continúe con sus excusas, MERCÁN le ofrece un cigarro.)* ¿Fumas?

PARDIÑAS.— Pero nunca tan bueno. Gracias, señor Mercán.

(MERCÁN se lo enciende con un mechero de oro. El FUNCIONARIO intenta echar el humo a un lado.)

MERCÁN.— No, no me importa. Fumar también es oler el humo.

PARDIÑAS.— *(Servil.)* Gracias. Aunque a mi mujer no le gusta; dice que toda la casa huele.

MERCÁN.— ¿Tienes hijos?

PARDIÑAS.— Cinco. Pero comen como veinte.

MERCÁN.— (*Íntimamente satisfecho.*) Bien. Una ayudita cada semana te vendría bien.

PARDIÑAS.— ¡Ay, Don José! Por llegar desahogado al domingo sería capaz hasta de matar.

MERCÁN.— ¡Estupendo!

PARDIÑAS.— ¿Cómo dice?

MERCÁN.— No, nada. ¿Cómo te llamas?

PARDIÑAS.— Ángel, Ángel Pardiñas. Para servirle.

MERCÁN.— Me servirás, Ángel.

(Ríen ambos, aunque el carcelero no sabe por qué. MERCÁN le mete el mechero en un bolsillo como anticipo de otros regalos. A PARDIÑAS le brillan los ojos. El humo del cigarro los envuelve, ominosos y cómplices. Entra QUINTANAR. El CARCELERO sale. Se saludan los amigos.)

QUINTANAR.— ¿Cómo estás, José?

MERCÁN.— Ya lo ves, Manolo. Vacaciones pagadas.

QUINTANAR.— ¿Cuándo saldrás?

MERCÁN.— Cuando caiga Azaña y Lerroux forme Gobierno.

QUINTANAR.— Eso puede tardar.

MERCÁN.— Quizás no tanto. Azaña se ha desprestigiado masacrando a los anarquistas en Casas Viejas.

QUINTANAR.— ¿Y estás seguro de que si Lerroux forma gobierno, te sacará de aquí?

MERCÁN.— Tiene deudas.

QUINTANAR.— Le tienes cogido.

MERCÁN.— Por donde más le duele. ¿Y los otros?

QUINTANAR.— Están a punto de llegar.

MERCÁN.— Ya he oído que el chico ha fundado un partido.

QUINTANAR.— Al final, José Antonio ha elegido el juego democrático.

MERCÁN.— Pero su talante no lo es. ¿Un cigarro? (*MERCÁN le ofrece un cigarro de una lujosa caja de habanos.*) Dame fuego, Manolo.

QUINTANAR.— ¿Y tu mechero de oro?

MERCÁN.— Bien invertido. Cuando el chico vea que la política es lenta y sinuosa, su impaciencia le hará más violento.

QUINTANAR.— En octubre presenta su partido en el Teatro de la Comedia.

MERCÁN.— Démosle alas y se las quemaremos cuando interese.

(Fuman. Se oyen aplausos. Primo de Rivera, al fondo y de espaldas al público, se dirige a los supuestos espectadores del mitin fundacional de la Falange, en un teatro de la calle Príncipe, de Madrid. Las candilejas perfilan su sombra. En primer plano, MERCÁN comenta con QUINTANAR lo que el líder falangista debería decir, para comprobar que, de inmediato, lo dice. Hay algo de sombra identificación en la escena.)

MERCÁN.— El chico debería empezar dejando bien claro su antirrepublicanismo.

JOSÉ ANTONIO.— En las Cortes nos clavaremos como resueltos centinelas para que no dé un paso más, ni un solo paso más, la revolución republicana del 14 de abril de 1931.

(Hay aplausos que se vuelven lejanos al hablar MERCÁN.)

MERCÁN.— Supongo que citará los separatismos...

JOSÉ ANTONIO.— España comienza a disgregarse porque la debilidad del gobierno republicano ha permitido muchos Estatutos regionales que llevan la enfermedad del separatismo.

MERCÁN.— Perfecto. Después debería recordar que la República nos está llevando al caos.

JOSÉ ANTONIO.— El Gobierno de Azaña nos ha dejado una España empobrecida, con una economía desquiciada y con la agricultura en ruinas por esa Ley de reforma agraria, que sólo sirve para empobrecer a muchos.

MERCÁN.— Y una vez citado el caos, él puede prometer el orden, que, como diputado de derechas, es el más adecuado para conseguirlo.

JOSÉ ANTONIO.— Hay que acabar con la sangrienta violencia marxista que permite el gobierno republicano.

MERCÁN.— Bien.

JOSÉ ANTONIO.— Y no estamos solos. Mussolini en Italia y Adolfo Hitler como canciller de Alemania también luchan contra el socialismo.

MERCÁN.— No, eso no: suena a servidumbre y consigna extranjera.

JOSÉ ANTONIO.— Pero cada país tiene su personalidad y debe encontrar su propio camino.

MERCÁN.— Mejor. Luego nos convendría un poco de ruido y furia.

QUINTANAR.— Identificación irracional inmediata.

MERCÁN.— Exacto: los valores supremos son indiscutibles.

JOSÉ ANTONIO.— Aquí poseemos una llama singular que alumbró una nueva fe civil, capaz de depararnos, fuerte y laboriosa, una España diferente...

MERCÁN.— Libre.

JOSÉ ANTONIO.— ... libre...

QUINTANAR.— Grande.

JOSÉ ANTONIO.— ... grande...

MERCÁN.— Unida.

JOSÉ ANTONIO.— ... y unida!

MERCÁN.— ¿Quién no desea todo eso?

JOSÉ ANTONIO.— ¡Ése es nuestro destino!

MERCÁN.— ¡Ah, sí, el destino! ¿Quién no tiene uno, aunque sea el de morirse de hambre?

QUINTANAR.— Y los valores.

MERCÁN.— La familia, sobre todo. Y si unimos los conceptos, música.

JOSÉ ANTONIO.— Cuando España sea libre del yugo marxista, todos los españoles estaremos unidos por un destino en lo universal.

MERCÁN.— Buena consigna. Muy sonora y no se entiende.

JOSÉ ANTONIO.— El destino de nuestra historia común que se proyecta en todo el mundo. Por eso somos españoles. Y vamos a luchar por una España grande, libre, justa y genuina.

MERCÁN.— ¡Redondo!

JOSÉ ANTONIO.— Aspiramos a que los obreros colaboren en el desarrollo histórico de la nación, y que les sean devueltas las dos capacidades humanas más elevadas, que les han sido arrebatadas por el sectarismo marxista:

MERCÁN.— Cuidado...

JOSÉ ANTONIO.— La de ser patriotas y la de ser religiosos.

MERCÁN.— Mientras los patrones vayan a misa, los obreros nunca serán religiosos.

MERCÁN.— Y ahora un aviso.

JOSÉ ANTONIO.— Yo propongo un Estado nuevo, y para lograrlo, qué importa que nos cueste hasta derramar sangre.

MERCÁN.— (*Alarmado.*) ¡Justifícalo, enseguida!

JOSÉ ANTONIO.— La violencia puede ser lícita cuando se emplea por un ideal que la justifica. Nuestro ideal es España. Contra el marxismo, todo, contra España, nada.

(*Aplausos enfervorecidos.*)

MERCÁN.— Es un pico de oro.

(*Al fondo se oscurece la figura de PRIMO DE RIVERA.*)

MERCÁN.— ¿Cómo va la financiación de su partido?

QUINTANAR.— Nos ha pedido más dinero.

MERCÁN.— Se lo daremos.

QUINTANAR.— Sólo tiene un par de centenares de afiliados.

MERCÁN.— Pero hacen mucho ruido y parecen más.

QUINTANAR.— Hay demasiadas organizaciones fascistas, Falange, las JONS, y alguna que aún no ha salido a la superficie. Sin contar con que Calvo Sotelo podría volver de París. Deberían unirse, pero prefieren ser cabeza de ratón.

MERCÁN.— Se unirán cuando los socialistas les ataquen.

QUINTANAR.— ¿Y si no lo hacen?

MERCÁN.— Entonces, pensaremos algo.

(*Entran los amigos de MERCÁN. PARDIÑAS les sigue con una bandeja con champaña.*)

MERCÁN.— (*Al CARCELERO.*) Gracias, Ángel.

(*Le da la mano al tiempo que le traspasa unos billetes doblados.*)

PARDIÑAS.— A usted, señor Mercán

(Todos esperan a que el FUNCIONARIO se vaya.)

VEGAS.— ¿Lo tienes en nómina?

MERCÁN.— Aquí, hasta los presos trabajan para mí.

(Ríen.)

VEGAS.— Buena protección.

MERCÁN.— Un ejército de sombras para cuando se le necesite.

QUINTANAR.— Pronto, tal y como están las cosas.

VEGAS.— ¿Sabes lo de la represión sangrienta del presidente Azaña contra los anarquistas en Casas Viejas?

MERCÁN.— Si recibo champaña, con más facilidad la prensa.

VEGAS.— Ha sido una barbaridad: ¡quemarlos vivos! Eso le ha desprestigiado. Y las izquierdas están desilusionadas.

QUINTANAR.— Hasta don José Ortega se ha desmarcado de la República.

MERCÁN.— Es el momento de propiciar un cambio de gobierno.

VEGAS.— ¿No es eso peligroso? El cambio podría ser aprovechado por los revolucionarios.

MERCÁN.— Si la revolución es una posibilidad, tendríamos que liderarla nosotros para evitar que la lleven a cabo otros.

VEGAS.— ¿Cómo?

MERCÁN.— Tengo al candidato adecuado. Grita más que nadie, crea las frases más ardientes. Sabrá prometerlo todo para anular a otros competidores más escrupulosos.

VEGAS.— ¿Quién es esa perita en dulce?

MERCÁN.— Alejandro Lerroux.

VEGAS.— ¿Lerroux? ¿El de Acción Republicana? ¡Pero si ese hombre es un estruendo!

MERCÁN.— Sí.

VEGAS.— Lo suyo es política de matón.

MERCÁN.— Cierto.

QUINTANAR.— No hay duda de que es un tragacuras. No deja de atacar a la Iglesia.

VEGAS.— Y a la propiedad privada...

MERCÁN.— *(Asiente cada vez más divertido.)* ¡Y al Ejército!

VEGAS.— ¡Exhorta a la masa obrera a matar y morir!

MERCÁN.— Eso es bueno.

VEGAS.— Es un radical. Peor que eso: un incendiario. ¡Un demente!

MERCÁN.— Exacto, es todo eso y más, lo que significa que no es nada concreto. Gritando «contra todo y contra todos» se atraerá a los resentidos, es decir, a la mayoría de españoles.

VEGAS.— ¿Se le puede comprar?

MERCÁN.— Sí, pero no nos interesa. Apoyemos sus ideas: crearán el clima de enfrentamiento que nos conviene. Le criticaremos todos los días en nuestros diarios para darle fama. Cuando alcance el poder se quemará con su propio fuego. Pero ya habremos evitado que otros revolucionarios más sensatos lleguen al gobierno.

VEGAS.— Lerroux solo no tiene bastantes seguidores.

MERCÁN.— Se los daremos. La CEDA tiene un millón de afiliaciones y más de cien diputados.

VEGAS.— ¿Y aceptará Lerroux el apoyo de las derechas?

(MERCÁN y QUINTANAR ríen. Luego tosen como pidiendo excusas.)

QUINTANAR.— No conozco a nadie que rechace el poder, aunque se lo deba al diablo.

MERCÁN.— Le daremos el poder y nos quedaremos con su alma.

(Se dan la mano. QUINTANAR, VEGAS y los otros salen. MERCÁN pone música y luego sonrío. Hay un cambio de luz y las puertas de la cárcel se abren. Lentamente MERCÁN sale de su celda y pasa al espacio escénico de su despacho.)

(Noviembre de 1934. El SECRETARIO está ordenando. Se le ve más seguro de sí mismo, como si hubiera absorbido la esencia manipuladora de su jefe. Entra MERCÁN.)

MERCÁN.— ¿Está ahí el meritorio?

VILLANUEVA.— Ya no es meritorio.

MERCÁN.— No, claro, ahora es padre de familia.

VILLANUEVA.— Dos hijos y otro en camino.

MERCÁN.— Bien. Que pase. (*Entra el PERIODISTA, menos arrogante que en su primera aparición. MERCÁN le da la mano y luego le señala una silla.*) Volvemos a vernos, señor Figueroa.

FIGUEROA.— (*Tose.*) Sí.

(*Hay una pausa en la que MERCÁN y su SECRETARIO se miran, cómplices.*)

MERCÁN.— ¿Y está vez qué le ha pedido su diario?

FIGUEROA.— (*Con un cierto balbuceo.*) L-Lo mismo.

MERCÁN.— Ya. ¿Empezamos por donde lo dejamos, o escribimos la segunda jornada?

FIGUEROA.— Como usted quiera.

MERCÁN.— Entonces que sea la continuación.

FIGUEROA.— (*Consultando papeles de su carpeta.*) Pues... en 1933 estuvo usted en la cárcel. Perdón, no quisiera...

MERCÁN.— Por Dios, señor Figueroa, usted cumple con su obligación preguntando. Veamos, la cárcel, sí. Hace casi un año. Dijeron que por defraudar a Hacienda. (*Ríe.*) Si metieran en la cárcel a todos los que defraudan al Estado, no habría transeúntes.

FIGUEROA.— Retiraron la querrela cuando cayó Azaña y Lerroux subió a la presidencia de la República.

(*MERCÁN juega con el silencio, componiendo un gesto de expectación, para finalmente alargar su cuello y cernirse, juguetón, sobre el PERIODISTA.*)

MERCÁN.— ¿Cuál es su pregunta?

FIGUEROA.— (*Azorado.*) Pues... Es que... como se dice que usted y Lerroux son amigos...

MERCÁN.— ¿Desde cuándo es noticia un verbo impersonal? «Se dice, se comenta, se ha oído...» es el estilo de los periodistas cobardes. Perdo-

ne, no voy contra usted, sino contra las consignas que ha recibido de sus jefes.

FIGUEROA.— Yo no...

MERCÁN.— Estamos en noviembre de 1934 y en los tres años transcurridos desde que se proclamó la República ha empeorado la situación social, e incluso ha habido insurrección en Asturias. Es un malestar muy grande y la consecuencia puede ser un enfrentamiento civil.

FIGUEROA.— ¿Lo cree usted?

MERCÁN.— ¿Que si creo el qué? ¿El enfrentamiento? ¿Opina usted que yo creo el enfrentamiento civil?

FIGUEROA.— No, no. Yo dije que si creía usted en la posibilidad de una guerra civil. No que usted la creara.

MERCÁN.— (*Decepcionado.*) ¡Ah! (*Hay una pausa en la que parece que MERCÁN se ensimisma, pero de pronto mira fijamente al PERIODISTA.*) Señor Figueroa, ¿le publicaron mis opiniones sobre la República?

FIGUEROA.— (*Sorprendido, tose.*) N-No.

MERCÁN.— ¿Le dieron alguna explicación?

FIGUEROA.— No.

MERCÁN.— ¿Le han aumentado el sueldo?

FIGUEROA.— No.

MERCÁN.— ¿Está contento en su diario?

FIGUEROA.— No.

MERCÁN.— ¿Quiere trabajar para mí?

FIGUEROA.— Sí.

MERCÁN.— Bien. Ahora, cuénteme algo que valga sus tres sueldos.

FIGUEROA.— Perdón, no se si le he entendi...

MERCÁN.— Usted trabaja en un diario que es una fuente de información.

FIGUEROA.— Sí, es cierto.

MERCÁN.— Y como le creen un hombre insignificante, hablan delante de usted como si no estuviera. No se azore. Ellos creen que usted es insignificante, pero yo no, por eso le contrato. ¿Qué ha oído?

FIGUEROA.— Que hay mucha gente que conspira contra usted.

MERCÁN.— Es lógico, tengo muchos enemigos.

(*El PERIODISTA saca un papel de su carpeta y se lo da a MERCÁN.*)

FIGUEROA.— No hablo de sus enemigos, sino de sus amigos.

(MERCÁN lee el papel y luego se lo pasa a su SECRETARIO.)

MERCÁN.— Señor Figueroa, acaba usted de ganarse sus primeros tres sueldos. (*Mira a su SECRETARIO y éste entrega un sobre al PERIODISTA.*) Le espero la semana que viene. Adiós.

FIGUEROA.— Gracias.

(*Rehúye la mirada y sale apretando el sobre.*)

VILLANUEVA.— ¿Qué va a hacer ahora, señor Mercán?

MERCÁN.— Voy a tener que despedirle, Villanueva.

(*La luz se traslada al sótano clandestino de IRENE. Llega corriendo MATEO. IRENE le abraza. Él le hace gesto de silencio. Cuando comprueba que no le sigue nadie, se sienta en el catre.*)

MATEO.— Es necesario que hablemos...

IRENE.— Acordamos no implicarnos personalmente.

MATEO.— ¿Por qué dices eso?

IRENE.— Por el tono en que me has dicho que teníamos que hablar. Antes hablabas sin prevenirme.

MATEO.— Han pasado algunas cosas que han cambiado la situación.

IRENE.— (*Con un tono de fatalidad.*) Muchas. Mis camaradas van a cerrar esta imprenta. Estudian la posibilidad de aceptar cargos en el Gobierno y, mientras tanto, no quieren realizar acciones contra él. ¡Van a colaborar con la misma República que quemó vivos a los anarquistas de Cádiz!

MATEO.— Tenemos que hablar, Irene. Es necesario que sepas quién soy.

IRENE.— Yo no quiero saber quién eres. Supongo quién eres y lo que haces, pero no quiero tener certezas.

MATEO.— No soy lo que crees.

IRENE.— Quemas iglesias, llevas armas. Luchas por la libertad del pueblo. Pertenece a un grupo clandestino revolucionario y debes mantener tu secreto.

MATEO.— Irene...

IRENE.— Si supiera cosas de ti y me detuvieran, quizás podría poner en peligro a tu grupo.

MATEO.— Irene, yo no soy...

IRENE.— ¡Sí lo eres! ¡Entre estas paredes eres todo lo que yo quiero que seas! Estas paredes nos protegen. Sé que si dejamos entrar la realidad, con ella vendrán los dragones y nos destruirán. Aquí la República no es de derechas, ni quema anarquistas, ni envía tropas moras ni a la Legión a reprimir la comuna asturiana. ¿No lo comprendes? Aquí aún soñamos.

MATEO.— Pero es que yo no soy...

(Ella le abraza desesperadamente para evitar que hable.)

IRENE.— ¡Eres san Jorge y matas dragones! Y aunque no fueras todo lo que he imaginado, te quiero como a un hombre sin más: ni anarquista, ni comunista, ni socialista. *(MATEO la posee con ternura. Llorando.)* ¡Así, así! ¡Un hombre, sólo un hombre, un hombre que suda y jadea! *(El oscuro arroja su desesperación.)*

(QUINTANAR se entrevista con MERCÁN en la casa de éste.)

QUINTANAR.— Adivina, por su estilo, quién ha dicho esto *(lee un diario)*: «Hay que defender a vida o muerte y con exaltación frenética la unidad de España.»

MERCÁN.— Primo de Rivera.

QUINTANAR.— No, Calvo Sotelo.

MERCÁN.— ¿Qué quieres darme a entender, Quintanar?

QUINTANAR.— Que en nuestra baraja sólo puede haber un as de espadas. Primo de Rivera está perdiendo influencia, mientras que la enorme popularidad de Calvo Sotelo le ha permitido crear un Bloque Nacional.

MERCÁN.— Nuestro objetivo era provocar el caos para derribar la República. Ahora tenemos esa oportunidad. *(MERCÁN le enseña una carpeta.)* Manolo, te había llamado porque tengo documentos comprometedores contra el Gobierno. *(QUINTANAR carraspea y rehúye la mirada.)* ¿Qué pasa?

QUINTANAR.— José, mi grupo opina que Alejandro Lerroux y Gil Robles están creando una República de derechas que nos satisface.

MERCÁN.— ¡Nuestro objetivo era derribar la República, fuera del signo que fuese!

QUINTANAR.— Los resortes políticos están ya en nuestras manos, y es de prever que, al igual que Hitler hizo en Alemania, la destrucción del régimen republicano pueda llevarse a cabo, legalmente, desde dentro. Ya no es conveniente la violencia, ni, como dijo Primo de Rivera, «la dialéctica de las pistolas».

MERCÁN.— (*Tras una pausa.*) ¿Vais a matar a José Antonio?

QUINTANAR.— No lo entiendes: con este gobierno ya no necesitamos agitación social. Es «nuestro» gobierno. Hay censura de prensa, se ha paralizado la reforma agraria y los estatutos de autonomía, se está redactando un proyecto de ley contra los sindicatos, e incluso han promocionado a Franco y Fanjul...

MERCÁN.— Una vez más te falta visión de conjunto. Sólo ves una parte y crees que ella es toda la realidad.

QUINTANAR.— ¿Qué parte?

MERCÁN.— La otra. Ese clima de encarcelamientos, de penas de muerte, de represalias y despidos, producirá el efecto contrario al deseado. ¿Crees que las izquierdas van a permitir que las masacren sin responder?

QUINTANAR.— Están desunidas.

MERCÁN.— No olvides el aviso que nos dieron en Asturias: se unieron con las Alianzas Obreras. Ahora se habla de un Frente Popular. Manuel Azaña espera una oportunidad.

QUINTANAR.— No se la ofrezcas tú.

MERCÁN.— ¿Cómo dices?

QUINTANAR.— Lerroux te sacó de la cárcel cuando ganó las elecciones. No le muerdas la mano y guarda esos documentos. Si ahora hubiera una crisis de gobierno, se tendrían que convocar nuevas elecciones y no nos gustaría que las ganase otra vez Azaña. Estaríamos al principio, como en el 31.

MERCÁN.— No desarmemos a nuestro ejército de sombras, porque si nos hiciera falta, quizás no fuera posible reorganizarlo con la rapidez necesaria.

QUINTANAR.— Pero ¿no lo comprendes? Hoy mandan las derechas y nos conviene. No uses esos documentos y mantén a tus cachorros atados.

MERCÁN.— ¿Y si ya no son cachorros?

(QUINTANAR no responde y sale. Tras una vacilación, MERCÁN coge los documentos y sale también. NURIA, que ha estado escondida, oyendo la conversación, sale y pasea pensativa. Luego se sienta en un sofá y espera. El cambio de luz muestra el paso del tiempo. Llega IRENE y, antes de pasar a las salas interiores, NURIA le llama.)

NURIA.— ¿Puedo hablar contigo?

IRENE.— Estoy cansada.

NURIA.— Por favor, es importante.

IRENE.— Está bien. Dime.

NURIA.— Tú y yo deberíamos unirnos.

IRENE.— ¿Contra quién?

NURIA.— Contra nadie. Unidas. ¡Somos cuñadas!

IRENE.— Las cuñadas se odian: es la tradición.

(Inicia su salida.)

NURIA.— Tenemos mucho en común.

(IRENE se vuelve furiosa.)

IRENE.— ¡Te equivocas! ¡Yo quiero a mi hermano y tú, no! ¡Yo no quiero a mi padre, y tú, sí! ¡Y el resto de la familia ni te interesa!

NURIA.— ¡Yo no quiero a tu padre!

IRENE.— Quieres lo mejor de él: su dinero.

NURIA.— ¿Y tú no?

IRENE.— No.

NURIA.— ¿Tampoco te importa que tu padre pueda arruinarse con sus politiqueros?

IRENE.— Gracias a ellos se ha hecho rico.

NURIA.— Creo que puedo conseguir unos papeles comprometedores.

(IRENE, *por primera vez, se interesa por la conversación e inconscientemente mira hacia las estancias anexas, cerciorándose de que no hay nadie escuchando.*)

IRENE.— ¿Comprometedores para quién?

NURIA.— Lo sabré mañana. Pero se trata de pruebas contra ministros que a tu padre no le interesa que se hagan públicas ahora.

(IRENE *pone en sus ojos un mensaje de peligro.*)

IRENE.— No te metas en los asuntos de mi padre.

NURIA.— Son documentos que podrían...

IRENE.— ¡No te metas en los asuntos de mi padre!

NURIA.— Son asuntos de Luis, también.

IRENE.— Luis es feliz pintando en su taller. Allí se olvida de todos nosotros. ¿Todavía no lo has comprendido?

NURIA.— No pienses en mí, si no quieres. Piensa en tu madre y en Anita. Si tu padre se arruina, ¿qué será de ellas? ¿Vas a mantenerlas con tu sueldo de maestra? ¿O lo hará mi marido vendiendo los cuadros que nunca termina?

(IRENE *pasea confusa.*)

IRENE.— ¿Qué propones?

NURIA.— Hacer frente a tu padre. Los documentos a cambio de un dinero en el extranjero que garantice nuestro futuro.

IRENE.— Y para ese chantaje, ¿qué falta te hago yo?

NURIA.— Necesito aliados.

IRENE.— Tienes a Luis.

NURIA.— Luis es cobarde. Tu madre y Anita no cuentan. Pero tú y yo unidas daremos confianza a Luis. Siendo tres en el secreto estaremos a salvo.

IRENE.— ¿A salvo de qué?

NURIA.— (*Sonríe.*) Yo sólo soy su nuera. ¿Crees que vacilaría en hacerme desaparecer?

IRENE.— Sinceramente, no. Es capaz.

NURIA.— Pero no puede hacerlos lo mismo a vosotros.

IRENE.— Sí puede.

NURIA.— No lo hará si presentamos un frente común.

IRENE.— Te olvidas de Jorge.

NURIA.— Es el que tiene menos escrúpulos.

IRENE.— No quiero estar en ningún complot contra mi padre.

NURIA.— ¡Piénsalo, Irene! Es tu madre. Es Anita.

IRENE.— ¡Qué misericordiosa te has vuelto!

NURIA.— ¿Aceptas?

IRENE.— No.

NURIA.— Irene, piensa que...

IRENE.— Esta familia te ha hecho a su semejanza. No te lo puedo reprochar, pero eso no me obliga a colaborar contigo para desunirla aún más.

(IRENE sale y se hace el oscuro sobre NURIA que aprieta los puños.)

(10 de marzo de 1936. En su despacho, MERCÁN se reúne con JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.)

MERCÁN.— Calvo Sotelo y Gil Robles pugnan por ser líderes de la oposición, y ya sabemos a qué conducen las escisiones.

JOSÉ ANTONIO.— La política nos desune y envenena. Nos uniremos cuando haya un gran movimiento nacional.

MERCÁN.— Por eso me gusta usted. Porque rechaza una República, del signo que sea.

JOSÉ ANTONIO.— Yo lucho por un Estado fuerte que supere la política de derechas e izquierdas.

MERCÁN.— ¿Y la conspiración militar?

JOSÉ ANTONIO.— Me he entrevistado con Franco, pero...

MERCÁN.— Ha sido evasivo y cauteloso

JOSÉ ANTONIO.— ¿Cómo lo sabe? *(MERCÁN hace un gesto vago.)* Franco es un pusilánime; pero sin él, los otros generales no se atreven a dar el golpe de Estado.

MERCÁN.— Porque temen que se ponga al lado de la República.

JOSÉ ANTONIO.— Franco sólo intervendrá cuando tenga la seguridad de que todo el Ejército está con él.

MERCÁN.— Y el Ejército no da el paso por las dudas de Franco. Hay que romper ese círculo. Y para eso, la anarquía tiene que ser total.

JOSÉ ANTONIO.— Ya lo es.

MERCÁN.— No, todavía no es bastante. El caos debe legitimar el golpe. Tenía usted razón: no es momento de intrigas. Hay que dar la cara, aunque eso suponga un riesgo.

JOSÉ ANTONIO.— Juego con ventaja: si me encarcelaran mi influencia será mucho mayor.

MERCÁN.— Financiación no le iba de faltar.

JOSÉ ANTONIO.— Los fondos de la CEDA ha sido puestos a disposición del Genera Mola.

MERCÁN.— También usted los recibirá. Cada una de sus centurias, de sus falanges y escuadras recibirá armamento para luchar contra la República. Los que están hartos de componendas se le unirán. Si triunfa el golpe, usted habrá hecho méritos suficientes para que no se le margine del futuro gobierno y así podrá reconducir los resultados hacia su revolución nacional.

JOSÉ ANTONIO.— (*Con cierta tristeza.*) Este presente sólo podrán entenderlo los que lo estamos viviendo. Los que vengan después sólo verán violencia sin sentido.

MERCÁN.— Quizás alguno comprenda que es defensa propia.

JOSÉ ANTONIO.— Sé que Quintanar, Vegas y los demás prefieren apoyar a Calvo Sotelo. Usted, sin embargo, siempre ha creído en mí. ¿Por qué?

(*El JOVEN toma presencia.*)

MERCÁN.— Es usted mucho más brillante que Calvo Sotelo. Y su vida es más apasionante.

JOSÉ ANTONIO.— Porque la quemo en pos de un ideal.

MERCÁN.— En boca de otro, ésa sería sólo una frase; en usted es una actitud.

JOSÉ ANTONIO.— Un estilo, Mercán, un estilo.

(*Se dan firmemente la mano. JOSÉ ANTONIO se va, mientras MERCÁN y el JOVEN lo miran.*)

JOVEN.— Es sorprendente que protejas a Primo de Rivera.

MERCÁN.— Me recuerda a ti.

JOVEN.— Sólo porque es más joven que tú.

MERCÁN.— Todos hemos sido jóvenes.

JOVEN.— El mérito está en seguir siéndolo pese a la edad. Es peligrosamente obsesivo.

MERCÁN.— (*Rectificando.*) Testarudo.

JOVEN.— Es ambicioso.

MERCÁN.— Inconformista.

JOVEN.— ¡Oh, vamos! Esa manipulación la has inventado tú en tus periódicos. (*Citándole, irónico.*) «En vez de golpe, alzamiento; en vez de violencia, acción.» No puedes engañarte a ti mismo.

MERCÁN.— ¡Primo de Rivera tiene ideales!

JOVEN.— Los ideales no se defienden con pistolas. José Antonio ha creado un partido violento y puede ser destruido por la violencia de sus seguidores.

MERCÁN.— Puede estar equivocado, pero no es mezquino.

JOVEN.— Es violento y le incitas a que lo sea más.

MERCÁN.— Para él la violencia es legítima.

JOVEN.— ¡Ya estamos otra vez! «Violencia legítima.» Eso es, como dijo tu hija Irene, una contradicción, como «obediencia y amor». Pero recuerda que el amor se da, no se exige; por eso es amor.

(*En los arrabales de Madrid, por la noche, NURIA y JORGE se entrevistan con VILLANUEVA. Todos hablan ojeando continuamente a su alrededor.*)

VILLANUEVA.— Es peligroso citarnos aquí.

JORGE.— Estamos en los arrabales de Madrid.

VILLANUEVA.— Si hay sombras, los pistoleros de su padre pueden estar en ellas.

NURIA.— Entonces vayamos cuanto antes al asunto de la cita. El señor Mercán le ha despedido, ¿no es verdad?

VILLANUEVA.— (*Resentido.*) Después de quince años. He sido su perro fiel, siempre dispuesto, callado...

(*NURIA hace gestos a JORGE para que interrumpa la autocompasión del ex SECRETARIO.*)

JORGE.— Señor Villanueva...

VILLANUEVA.— (*Sin oírle.*) ¡He tenido que soportar tantas humillaciones! Y después de media vida a su servicio, me despide acusándome de deslealtad.

NURIA.— (*Para interrumpirle.*) ¿Fue usted desleal?

VILLANUEVA.— ¿Cómo? ¡Claro que no!

NURIA.— Dele entonces la razón. Es lo que se merece: traición.

JORGE.— Queremos los documentos que comprometen al Gobierno.

VILLANUEVA.— ¿Cómo podría yo tenerlos?

JORGE.— Porque al ser despedido habrá hecho copias. Después de «media vida» al servicio de mi padre, habrá aprendido sus métodos. ¿Me equivoco?

VILLANUEVA.— ¿Para qué quieren los documentos?

JORGE.— No queremos arruinar a mi padre, sino evitar que se arruine él con sus obsesiones políticas. Negociaremos con el Gobierno. A cambio de esos papeles, exiliarán a mi padre, pero no tocarán sus negocios.

VILLANUEVA.— (*Sibilino.*) Hay otras personas interesadas en esos documentos.

(*Ante la vacilación de JORGE, interviene NURIA.*)

NURIA.— Esas personas sólo quieren acabar con mi suegro y, si lo consiguen, a usted lo único que le darán es dinero.

VILLANUEVA.— No es poca cosa el dinero, sobre todo, si es mucho.

NURIA.— Es que Jorge puede ofrecerle dinero y dos cosas más.

JORGE.— (*Sin saber a qué se refiere su mujer.*) ¡Exacto!

(*Hay una pausa. VILLANUEVA espera. Como JORGE mira a NURIA, ésta interviene*)

NURIA.— Una, devolverle a su trabajo con las mejoras que considere oportunas.

VILLANUEVA.— ¿Y dos?

NURIA.— Venganza. Mi suegro lo despidió a usted y usted conseguirá despedirlo a él.

VILLANUEVA.— *(Tras una estudiada duda)* Lo haré, pero no por dinero, sino por justicia.

NURIA.— *(Sin reprimir su ironía)* Eso es nobleza.

VILLANUEVA.— Les llamaré.

(VILLANUEVA se despide. Ellos se besan.)

NURIA.— Volvamos a casa.

JORGE.— Pero borra esa sonrisa de la cara. ¡Tenemos que ser prudentes!

NURIA.— Lo somos.

JORGE.— El otro día Anita nos descubrió besándonos.

NURIA.— ¡Ella qué entiende! ¡Es retrasada! No te angusties: Luis no sabe nada. Sólo vive para no acabar sus pinturas.

JORGE.— Cuando el negocio esté en nuestras manos, ¿qué piensas hacer con él?

NURIA.— Aprovecharme de la República. ¿No permite ella el divorcio?

(La luz se traslada a la casa de MERCÁN. Cada uno de los personajes de la familia llega por lugares diferentes, y se sientan a la mesa en silencio. Una criada sirve. Nadie mira a nadie, nadie habla. El único sonido que se oye es el de los cubiertos golpeando ligeramente los platos. Oscuro lento, sin música. Cuando vuelve la luz, todos se levantan.)

MERCÁN.— Espera, Irene, ¿podemos hablar?

(Quedan solos IRENE y MERCÁN.)

IRENE.— Tengo una reunión.

MERCÁN.— Por favor.

(La súplica desconcierta a IRENE.)

IRENE.— Usted dirá.

MERCÁN.— No tengo nada que decirte. Sólo quiero hablar.

IRENE.— ¿No hablaría mejor con Jorge?

MERCÁN.— *(Con un tono de decepción.)* ¡Jorge!

IRENE.— ¿Tampoco él? Pues si madre no le habla, Anita no le entiende y Luis no le escucha, ¿qué le queda?

MERCÁN.— Quedas tú.

IRENE.— Poca compañía es ésa, padre.

MERCÁN.— *(Le cuesta reconocerlo.)* Estoy solo.

IRENE.— No tiene usted derecho a quejarse de la soledad, después de haberla provocado.

MERCÁN.— Lástima que seas mujer... *(IRENE se siente ofendida y va a responder, pero antes MERCÁN termina su frase.)* ... tienes mucha más personalidad que tus hermanos.

IRENE.— Es injusto con ellos: primero los domina y luego se lo reprocha. A mí en cambio, como era una mujer, no ha estado controlándome.

(La actitud de IRENE devuelve a MERCÁN su coraza.)

MERCÁN.— No seas presuntuosa. Puedes pertenecer a un grupo anarquista clandestino porque sabes que mi influencia te puede evitar la cárcel o algo peor. Tus compañeros, en cambio, no tienen a ningún repugnante capitalista que les proteja. *(IRENE no sabe qué decir.)* Sí, conozco tus actividades «extrapedagógicas». Lo que no sabes es que tú y los tuyos, creando el caos, habéis servido a mis propósitos.

IRENE.— ¡Eso no es verdad!

MERCÁN.— *(Tristemente satisfecho.)* No digas nunca que no intenté hablar contigo.

IRENE.— Los dragones no hablan: queman con su aliento.

MERCÁN.— No me pierdas el respeto, al menos mientras vivas con nosotros.

IRENE.— Tiene razón. Es su casa y en ella manda usted. Pero no me gusta usted, ni la casa. Parece una cárcel y, a veces, un manicomio. Frustración y locura, padre. En eso ha convertido a esta familia.

MERCÁN.— Entonces te haré un favor echándote de ella.

(El silencio parece una losa.)

IRENE.— Esta noche no estaré aquí.

MERCÁN.— Nunca has estado aquí.

(MERCÁN *sale*. LUIS *se asoma*.)

LUIS.— Duerme en mi taller, si quieres. Yo voy a tardar en utilizarlo.

IRENE.— Perdóname, Luis, no quise decir que no tuvierais personalidad.

LUIS.— (*Fatalista*.) Eso no tiene importancia. Ya no.

IRENE.— ¿Te ocurre algo?

(LUIS *calla* y *el oscuro es más tenebroso que nunca*. MERCÁN *está solo en su despacho*. Entra JORGE.)

JORGE.— ¿Me había llamado, padre?

MERCÁN.— Pasa y no te sientes. No me importaba que fueras un holgazán y un vicioso (MERCÁN *le arroja a la cara papeles con nombres y facturas*.), aunque tuviera que tapar las consecuencias de tus indiscreciones a un precio muy caro.

(JORGE *ha ojeado un par de papeles*.)

JORGE.— No sé de qué...

MERCÁN.— ¡Cállate! Pero que me hayas traicionado me parece intolerable, sobre todo porque te has creído capacitado para sustituirme en los negocios.

JORGE.— Yo le aseguro, padre...

(*Entra el SECRETARIO con la prensa diaria*.)

VILLANUEVA.— ¡El escándalo de la ruleta está en todas las cabeceras! (JORGE *contempla confuso cómo su padre habla con su SECRETARIO como si jamás lo hubiera despedido*.) Con nombres, apellidos y cargos de los implicados, desde el director general de Seguridad al sobrino de Lerroux.

MERCÁN.— (*Leyendo*.) «La corrupción del Gobierno ha puesto en juego el honor de la República.»

VILLANUEVA.— (*Leyendo*.) «La inmoralidad ha corrompido la máquina parlamentaria.»

JORGE.— (*Alelado.*) No estaba despedido.

(*Siguen sin hacerle caso.*)

VILLANUEVA.— Hasta *El Liberal* y *El Debate* coinciden en pedir la dimisión del Gobierno.

MERCÁN.— Lerroux caerá y habrá elecciones, pero la tensión social impedirá que se acepten los resultados.

VILLANUEVA.— ¿Y entonces?

MERCÁN.— El terror, Villanueva, el terror necesario.

VILLANUEVA.— ¿Qué dirá de todo esto su amigo Quintanar?

MERCÁN.— Ya nos previno contra él el periodista. Intentó comprarte los documentos, ¿no es verdad?

VILLANUEVA.— Sí, él también. (*Se refiere a JORGE.*)

MERCÁN.— Pues respondo a su traición con la mía.

VILLANUEVA.— ¿No es peligroso como enemigo?

MERCÁN.— Si él es peligroso, yo soy mortal.

JORGE.— ¿Lo del despido fue una trampa?

MERCÁN.— ¡Y no eres el único que ha caído en ella, estúpido!

JORGE.— Padre...

(*El SECRETARIO le da a MERCÁN unos sobres y éste se los pasa a JORGE.*)

MERCÁN.— Te irás a París.

JORGE.— ¿A París?

MERCÁN.— A París. Irás a París para relacionarte con grupos republicanos de allí.

JORGE.— ¿Republicanos?

MERCÁN.— ¡Republicanos, republicanos! ¿Estás sordo o es que no entiendes lo que digo?

JORGE.— ¿Y qué tendré que hacer?

MERCÁN.— Unirte a ellos.

JORGE.— No me aceptarán.

MERCÁN.— Si les dices que los documentos del escándalo del estraperlo los has dado tú a la prensa, seguro que sí. Serás un héroe, Jorgito. Tam-

bién les proveerás de fondos, sin decirles todavía de dónde procede el dinero.

JORGE.— Pero ¿por qué?

MERCÁN.— Si aquí fracasa el golpe, dirás que yo apoyaba secretamente a la República.

JORGE.— ¿Y se lo creerán?

MERCÁN.— Querrán creérselo: me prefieren como amigo.

JORGE.— Lo de París es una excusa, ¿verdad? Me quieres lejos de ti. ¿No hay otra opción?

MERCÁN.— Sí, pero la rechacé. Después de todo eres mi hijo.

JORGE.— (*Implorante.*) Si me dieras otra oportunidad, yo te aseguro...

MERCÁN.— (*Cortante.*) Acuéstate con todas las putitas francesas que quieras, pero no dejes preñada a ninguna de ellas. (*JORGE cree que ha terminado la conversación y hace ademán de marcharse.*) Una última cosa, Jorge.

JORGE.— ¿Sí, padre?

MERCÁN.— Antes de irte a París dile a tu cuñada que quieres verla en el taller de Luis, por la tarde.

JORGE.— (*Mirando el billete.*) ¿Por la tarde? Pero si yo me voy por la mañana a París.

MERCÁN.— Tú cítala por la tarde.

JORGE.— ¿Qué vas a hacer?

MERCÁN.— ¡¿Qué harías tú?!

(*JORGE calla y sale.*)

VILLANUEVA.— Ya está aquí Mateo.

MERCÁN.— Que pase.

(*Entra MATEO. El SECRETARIO los deja solos.*)

MATEO.— Señor Mercán... Lo de vigilar a su hija...

MERCÁN.— Eso ya no importa ahora.

MATEO.— ¿Por qué me ha llamado, entonces?

MERCÁN.— Hay alguien que desea perjudicarme.

MATEO.— Y no quiere que lo vuelva a hacer.

MERCÁN.— Nunca más.

MATEO.— ¿Accidente, desaparición, atentado...?

MERCÁN.— Hay mucha violencia callejera.

MATEO.— ¿En una manifestación?

MERCÁN.— No politicemos.

MATEO.— Un robo, entonces. ¿Quién es?

MERCÁN.— Nuria, la mujer de mi hijo Luis.

(MATEO *tuerce el gesto y agacha la cabeza.*)

MATEO.— No mato mujeres.

MERCÁN.— ¿Cómo has dicho?

(MATEO *le mira fijamente. Su voz no tiembla.*)

MATEO.— No mato mujeres.

MERCÁN.— Dijiste que no tenías nada que perder. (*Señalando sus ropas.*)

Pero ya veo que ahora sí tienes.

MATEO.— Incendio conventos; reviento huelgas o las provoco, según los intereses de usted; doy palizas; rompo piernas; pongo bombas; mato hombres. No mato mujeres.

(*Hay tensión en el silencio.*)

MERCÁN.— Te llamaré.

MATEO.— (*Inexpresivo.*) Señor Mercán...

MERCÁN.— Adiós.

(*Sale MATEO y entra por la otra puerta el SECRETARIO.*)

VILLANUEVA.— ¿Llamo al sustituto de Morral?

MERCÁN.— ¿Tenías pegada la oreja a la puerta del despacho?

VILLANUEVA.— Como siempre, señor Mercán.

(*Julio de 1936. Una calle solitaria. HEINRICH K. pasea impaciente. Llega MERCÁN.*)

MERCÁN.— Ya sabrá que los diarios sólo hablan de tiroteos huelgas, incendios, atentados, secuestros...

HEINRICH K.— Algunos de esos diarios son suyos. Es lógico que exageren la inestabilidad.

MERCÁN.— Los diarios del Gobierno hacen lo contrario: mitigan la crispación. Deduzca usted la media.

HEINRICH K.— ¿Aceptará el pueblo el golpe?

MERCÁN.— No será un golpe, sino un «alzamiento nacional» que asegurará orden y trabajo; sobre todo, trabajo, porque una república que no lo proporciona es un enemigo del estómago; y el estómago es la parte más conservadora de nuestro cerebro.

HEINRICH K.— Según nuestros informadores, el «alzamiento» pasa por momentos difíciles. Los carlistas han roto con el General Mola, los falangistas exigen demasiado por su participación, con la Guardia Civil no se puede contar, muchos jefes militares no se deciden. Franco, por ejemplo...

MERCÁN.— En África, el Ejército está a favor del golpe.

HEINRICH K.— Pero Franco está en Canarias.

MERCÁN.— Se le puede trasladar a Marruecos cuando convenga. (*Insistente.*) Habrá guerra, créame. No se habla de otra cosa.

HEINRICH K.— ¿Cuándo, cuándo? ¡Llevamos mucho tiempo con nuestras negociaciones y...

MERCÁN.— (*Sereno.*) A primeros de Julio.

HEINRICH K.— Ya estamos a primeros de Julio.

MERCÁN.— Seguramente el catorce.

HEINRICH K.— ¿Y no habrá... improvisaciones?

MERCÁN.— (*Sonríe.*) Me apuesto la vida en ello. El catorce de julio.

HEINRICH K.— Hay otro aspecto que nos preocupa. Si el directorio militar gana la guerra en un par de meses, nuestra producción de armas sería innecesaria.

(De las sombras de fondo, las moscardas vuelven a amenazar con su zumbido.)

MERCÁN.— La República Soviética ayudará a los suyos. También eso prolongará el conflicto. Recuerde que éste es un país exaltado, sentimen-

tal y propenso a la histeria. No sólo será un levantamiento militar, sino civil. No comprendimos que el socialismo es fuerte porque es una teología. Por eso habrá pasión irracional en ambos bandos. ¿No ha visto usted que las calles de Madrid son un campo de tiro para falangistas, anarquistas y comunistas? «Muera el que no piense igual que pienso yo.» España es un polvorín. (MERCÁN *se ha ensimismado y los alemanes se han perdido en medio de sus deducciones y vaticinios. Cuando MERCÁN se da cuenta, resume con rotundidad:*) La duración de la guerra no será cuestión de semanas, ni de meses.

HEINRICH K.— No podemos esperar más. Si Hitler decide expandir Alemania, tendremos que fabricar armas para él.

MERCÁN.— Entonces, ante situaciones extremas, soluciones extremas.

HEINRICH K.— ¿Qué propone?

MERCÁN.— Prender la mecha.

HEINRICH K.— Was?

(*El TRADUCTOR no sabe traducir la frase.*)

MERCÁN.— Si se elimina a un destacado militar de izquierdas... (*Cesa el sonido y suenan disparos lejanos.*), sus partidarios tomarán venganza asesinando a uno de derechas. (*Suenan dos disparos más.*) Después, corra el mal por donde quiera.

HEINRICH K.— Espero que su plan tenga éxito.

MERCÁN.— Lo tendrá. (*Los alemanes saludan con la cabeza y se van. MERCÁN susurra el nombre de su antiguo carcelero antes de que la luz decrezca y muera.*) Ángel.

(*14 de julio de 1936. Entran por diferentes lados del escenario, los féretros del socialista teniente José Castillo y de Calvo Sotelo, sobre los hombros de sus fieles. El féretro de Castillo está cubierto por la bandera republicana, y el de Calvo Sotelo por la bicolor, roja y gualda. MANGADA pronuncia un exaltado discurso.*)

MANGADA.— El vil asesinato del teniente Castillo no merece otra respuesta que la justa venganza. Quienes defienden España están en el punto de

mira de quienes quieren destruirla. No hay mayor orgullo. Sabremos responder adecuadamente y salvar a España.

(Al otro lado del escenario, el diputado monárquico ANTONIO GOICOECHEA improvisa palabras como espadas y acaba su discurso con la misma frase:)

GOICOECHEA.— «Ante Dios que nos oye y nos ve, empeñamos el solemne juramento de consagrar nuestra vida al cumplimiento de esta triple labor: imitar el ejemplo de Calvo Sotelo, vengar su muerte y salvar a España.»

(Siguen hablando, pero ambos discursos se mezclan hasta hacerse ininteligibles, y cuando la acción pasa a otros espacios, se convierten en el rumor de moscardas que tantas veces se ha oído. Con los entierros al fondo, se suceden escenas en diferentes espacios a los que acuden los personajes en cruces continuos buscando el lugar de su muerte. El ritmo debe ir creciendo como un oleaje cada vez más amenazador. MERCÁN se entrevista con JOSÉ ANTONIO, que viste la camisa azul de la Falange.)

MERCÁN.— No se deje arrastrar por la corriente que ha creado. Váyase al extranjero.

JOSÉ ANTONIO.— No puedo: mi madre está enferma.

MERCÁN.— Su madre murió hace años.

JOSÉ ANTONIO.— Mi madre es España.

MERCÁN.— ¡Sé que van a detenerle!

JOSÉ ANTONIO.— No será la primera vez.

MERCÁN.— Lo que me preocupa es que sea la última.

(JOSÉ ANTONIO siente un escalofrío. Luego se despiden con un abrazo. Antes de que desaparezca la figura de JOSÉ ANTONIO, patéticamente sola y enmarcada en la proyección de una reja, se oyen los disparos de un fusilamiento. Se ilumina la casa de MERCÁN. NURIA y LUIS están sentados y beben.)

NURIA.— Tengo que irme. Tengo una cita. (*Intenta levantarse, pero vacila y se derrumba sobre la silla.*) Estoy mareada. Voy a llegar tarde. ¿Por qué me miras así? (*No hay respuesta.*) Ya veo que el silencio también se hereda. (LUIS *permanece callado, pero su expresión alerta a NURIA.*) ¿Lo sabes? Contesta, ¿lo sabes? (*Pausa.*) Jorge no me importa nada, pero era necesario convencerle para... (*Siente un vahído.*) ¡Por Dios, qué aturdimiento! (*Cada vez habla con más dificultad.*) ¿Por qué me cuesta tanto hablar?

LUIS.— (*Inexpresivo.*) Es por el veneno. Se usa para pintar.

(NURIA *mira la taza.*)

NURIA.— No eres capaz.

LUIS.— Con la pintura me atrevo a todo. (NURIA *cae muerta a los pies de su marido.*) Es la vida lo que me asusta.

(*Se oye de nuevo el zumbido. Despacho de MERCÁN. Éste habla con el JOVEN.*)

JOVEN.— Vas a tener que elegir bando.

MERCÁN.— No hará falta. Uno de los dos bandos me elegirá a mí. El dinero siempre es necesario. Y como las izquierdas españolas no son realistas, me llamarán las derechas.

(*Suena el teléfono.*)

JOVEN.— (*Irónico.*) ¡Eso es magia!

MERCÁN.— ¡Eso es Historia! (*Descuelga.*) ¿Sí...? Sí. (*Al JOVEN.*) Los indecisos toman partido. (*Al teléfono.*) ¿Un avión...? ¿*Dragón Rapide*? Título esperanzador y casi simbólico. ¿Cuánto? (*Hace anotaciones en un papel.*) Dos mil libras esterlinas... ¡Ah! Y diez mil más como póliza de riesgo. (*Dice al JOVEN, tapando el auricular.*) Hay que hacer una pausa valorativa. (*Al teléfono.*) Sí, sí, bien. Cuente usted con ello. ¿A quién debo dárselo...? De acuerdo.

(*Cuelga y mira al JOVEN.*)

JOVEN.— ¿Franco?

MERCÁN.— ¡Franco! Necesita un avión para huir a Marruecos y ponerse al mando del Ejército. Habrá un directorio militar. Mola, Queipo de Llano, Sanjurjo y Franco.

(Entra VILLANUEVA.)

VILLANUEVA.— ¿Me había llamado, señor Mercán?

(MERCÁN firma un cheque.)

MERCÁN.— Como has estado escuchando mi conversación telefónica, me ahorraré darte explicaciones. Lleva este cheque a don Juan Ignacio Luca de Tena a la estación de Atocha.

VILLANUEVA.— Está en blanco.

MERCÁN.— Para que en él se pueda escribir la Historia. *(El SECRETARIO sale.)*
(Al JOVEN.) ¡El golpe está en marcha!

JOVEN.— *(Rectificando.)* La guerra está en marcha.

MERCÁN.— *(Mientras marca un número telefónico.)* Nunca quise acabar con la República, ni que volviera la Monarquía. Mis negocios no prosperan con la paz social. Yo proveo a los demás de lo que les falta; por eso necesito que falte mucho: ya sea tabaco o armas, sobre todo armas. La guerra es el terreno de mi prosperidad.

JOVEN.— Cada vez estoy más lejos.

MERCÁN.— Es el precio que se paga por crecer. *(Al teléfono.)* *Good afternoon,* ¿podría hablar con el señor De la Cierva?

(MATEO e IRENE en el taller de pintura de LUIS.)

IRENE.— Dormiré aquí hasta que encuentre otra cosa.

(Llaman a la puerta.)

MATEO.— ¿Esperas a alguien?

IRENE.— ¡No abras!

MATEO.— Tendré cuidado.

IRENE.— ¡No abras! Pueden ser dragones.

(MATEO la besa y abre. Es ÁNGEL.)

ÁNGEL.— ¿Es éste el piso de Luis Mercán?

MATEO.— Sí.

ÁNGEL.— ¿Está la señora?

IRENE.— Mateo, ¿quién es?

MATEO.— Yo te conozco.

(ÁNGEL hiere con una navaja a MATEO y después avanza hacia IRENE.)

IRENE.— ¿Quién eres?

ÁNGEL.— Lo siento, doña Nuria.

IRENE.— ¡Espera, yo no...!

(Cuando ÁNGEL va a clavarle la navaja a IRENE, MATEO se recupera y se abalanza sobre él. En el forcejeo ÁNGEL hiere a IRENE sin que MATEO lo advierta. MATEO vence a ÁNGEL y lo desarma, y cuando lo tiene en el suelo, inmovilizado, le pregunta:)

MATEO.— Dime el nombre que quiero saber.

(Ante el silencio como respuesta, MATEO saca su pistola y la presiona sobre el pecho de ÁNGEL.)

ÁNGEL.— Mercán. (Fríamente, MATEO dispara. Luego se acerca a IRENE.) ¿Tu padre?

(IRENE cae. MATEO va a sujetarla y comprueba que está herida de muerte.)

IRENE.— Quería matar a mi cuñada. Me he puesto tantas veces voluntariamente en peligro, que me resulta ridículo morir por equivocación.

(MATEO intenta taponar la herida de IRENE sin importarle la suya.)

MATEO.— Irene...

IRENE.— Hazme el amor como tú sabes. Deja que me vaya oyendo tu voz de hierro gritando consignas contra los dragones.

MATEO.— Irene...

IRENE.— Por favor...

MATEO.— *(Sin firmeza.)* ¡Mueran los explotadores!

IRENE.— Lo puedes mejorar.

MATEO.— *(Casi en un sollozo.)* ¡Mueran los dragones!

IRENE.— Ahora sí. No debimos abrir la puerta de nuestro castillo.

(IRENE muere en sus brazos. MATEO grita por fin, pero es el nombre de su odio.)

MATEO.— ¡Mercán!

(Luego atraviesa vacilante el escenario y va hacia el despacho de MERCÁN.)

MERCÁN.— *(Al JOVEN.)* Los alemanes van a tener que aumentar la producción.

JOVEN.— Morirán muchos. ¿No temes llevarlos sobre tu conciencia?

MERCÁN.— Sólo tengo miedo a los vivos.

(El JOVEN abre la puerta del despacho y entra MATEO.)

MERCÁN.— ¿Qué haces aquí?

(MATEO saca una pistola.)

MERCÁN.— ¿Te ha contratado Quintanar? Recuerda que yo te puedo pagar más.

MATEO.— Me han ofrecido amor, y de eso usted no tiene bastante.

MERCÁN.— También se puede comprar.

MATEO.— «Es amor porque se da gratis.»

MERCÁN.— (*Recordando la frase.*) ¿Irene?

(MERCÁN *mira al JOVEN antes de que MATEO le dispare.*)

JOVEN.— El que muere por el rayo no oye el trueno. (MERCÁN *es herido de muerte, pero no expresa dolor, sino sorpresa. El JOVEN cae con él, haciendo exactamente los mismos gestos y ademanes.*) No disfrutarás del mal que has creado.

(*Luego, ambos mueren exactos. MATEO sale y se pierde, moribundo y tambaleante, en la oscuridad. En la parte inferior del escenario, los asistentes al entierro del Capitán Castillo entonan «La Internacional» y, al mismo tiempo, los de Calvo Sotelo el «Cara al Sol», pero ambos himnos parecen distorsionados. Suenan disparos y consignas. Aúllan los heridos. La confusión segrega un zumbido de moscardas que lo va invadiendo todo hasta hacerse insoportable. La escena adquiere un simbolismo más rotundo.*)

Entra ANITA y ve a su padre, que ya está completamente solo, tendido en el suelo y sin rastro de mobiliario o decorado a su alrededor, para acentuar la soledad de su muerte. Detrás de ANITA, en la sombra, su madre se detiene.

Las banderas de los féretros se agitan y se elevan, coinciden en el aire y se entrelazan como en un abrazo mortal. Decece la luz y queda únicamente iluminado el lugar donde yace muerto MERCÁN. Con sus pocas luces, ANITA cree dormido a su padre, y con mucho cuidado le coge el reloj de cadena de su chaleco, sin darse cuenta de que la sangre mancha sus manos y su vestido blanco. Luego se sienta en el suelo y abre el reloj. Cesa brusca-mente el zumbido y puede oírse la musiquilla. ANITA esboza una sonrisa vacía, mientras una oscuridad misericordiosa cae sobre ella. Telón)